

DIARIO DE LA MARINA

Decano de
la Prensa
de Cuba

Habana, 24 de Septiembre de 1939.

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América



El soldado moderno es un sujeto extraño: lleva una pala, herramientas, etc. Total: 40 Kg.

En esta Guerra hay
un frente del oro

LA creación por el gobierno inglés del Ministerio de la Guerra Económica, con funciones similares a las del Ministerio del Bloqueo establecido durante la contienda de 1914, indica que la Gran Bretaña tratará de rendir a Alemania por agotamiento de recursos y por hambre simultáneamente con la acción militar. La primera señal de debilidad del Reich se ve en el hecho de que las raciones alimenticias para la población civil han comenzado al romperse las hostilidades, mientras que en la anterior guerra no fueron puestas en vigor sino hasta después del primer año de lucha.

EL BLOQUEO FINANCIERO DE HITLER

La suspensión de las actividades económicas internacionales del Reich ha sido precipitada por la falta de comunicaciones marítimas frente a la hermética vigilancia de la armada inglesa en el Atlántico, el Báltico y el Mediterráneo. Sólo por conducto de Rusia e Italia podrían los alemanes obtener alimentos y materiales suficientes para mantener la economía de la guerra en que se funda el régimen Nazi, considerada por los economistas de mayor autoridad no como economía de suficiencia sino como economía de déficits de producción.

Algunos optimistas creen que la neutralidad de Italia y la colaboración de Rusia serán suficientes para sacar a flote al estado alemán en su naufragio económico, pero las realidades no son tan tranquilizadoras. Alemania sólo cuenta con un caudal de oro montante a 17 millones de dólares oro y eso es lo único que posee para pagar lo que obtenga del mercado internacional por conducto de sus aliados. Del intercambio de mercaderías como método de financiar la guerra hay que hacer caso omiso, porque en el futuro inmediato el Reich tendrá que utilizar cuanto produce dentro de sus fronteras para mantener el nivel de su maquinaria militar.

Si bien es cierto que Italia tiene, además de la «neutralidad», unos 114 millones de dólares en oro, estas reservas junto con las de Alemania nada significan ante la aplastante potencia financiera de los aliados. Entre Francia e Inglaterra cuentan con \$3.498.000.000 de oro, aparte del dominio de todas las rutas comerciales del mundo, cerradas prácticamente al Reich. Aún con la neutralidad de los Estados Unidos la preponderancia de estos dos países democráticos es tremenda, pues podrían abastecerse a través del Canadá, para lo cual mantienen en Nueva York actualmente 6.000 millones de dólares de oro y otros 2.000.000.000 en valores. Gracias al acuerdo tripartita para la estabilización de las divisas, el bloque de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Suiza controla el 87 por ciento del oro monetario del mundo, mientras que Italia y Alemania no alcanzan al uno por ciento.

ITALIA COMO POTENCIA ECONOMICA

Son muchas las autoridades que estiman que el eje Roma-Berlín, no ha afectado fundamentalmente la relación de fuerzas militares del Viejo Mundo. Los alemanes saben de sobra las limitaciones que como aliado tiene el estado italiano, el cual, según el coronel Xylander, profesor de la Academia Militar Alemana, «sufre más que ninguna otra potencia europea de una severa escasez de materias primas».

A esta debilidad hay que añadir que las industrias pesadas del país son inadecuadas para servir en la guerra, y que no habría manera de abaste-

cer de armamentos en abundancia a las tropas necesarias caso de un conflicto general. El Instituto Alemán de Investigaciones Económicas informaba en agosto de 1936 que la capacidad de Italia para proveerse de productos importantes era la siguiente: aceite mineral 0.7; caucho 0; carbón 3.2; cromo 0; acero y hierro 37.1; fosfatos 0; mineral de manganeso 14.2; latón 0; maquinaria 14.2; níquel 0.1; plomo 69.7; cobre 3.2. Los únicos materiales que puede producir en suficiente cantidad son nitratos, zinc y aluminio. Carece de fondos y de una industria química capaz de producir sustitutos sintéticos de los productos que le hacen falta. Para atender a los requisitos de un ejército de 2.000.000 de hombres y para construir buques de guerra necesitaría aproximadamente 3.1-2 millones de toneladas de acero

y más de 2 millones de toneladas de hierro anuales, y la verdad es que no alcanza a producir ni la mitad de estas cantidades.

La teoría de que Italia es dueña del Mediterráneo es un mito, de acuerdo con los datos suministrados por el coronel Xylander. Los aliados podrían establecer un bloqueo absoluto de su economía militar, pues en 1932, de un total de 30 millones de toneladas importadas de los países extranjeros, adquirió 17 millones de toneladas en Inglaterra, y Estados Unidos, vía Gibraltar; 1.800.000 toneladas de Asia, África y Australia por la vía del Canal de Suez, 1.200.000 toneladas de los países del Mar Negro vía los Dardanelos; 3 millones de toneladas de los países del Mediterráneo y 7 millones de los países de Europa continental situados más allá de su frontera norte.

RECURSOS OBTENIBLES DE RUSIA

Rusia, en cambio, es una aliada de tremendas potencialidades para el Reich. En 1938 era la primera potencia industrial de Europa y la segunda del mundo. En ese año las industrias pesadas del Soviet estaban produciendo cinco veces más que las de la Rusia de los zares antes de la Guerra Mundial, y las industrias de ingeniería quince veces más. Estaba a la cabeza en la producción de petróleo, aviones, tractores, locomotoras y material ferrocarrilero, y ocupaba segundo lugar como productora de acero, hierro, aluminio, níquel, plomo y carbón.

M. Caquot, Director del Departamento Técnico del Ministerio Aéreo de Francia, que en 1933 hizo un estudio de la capacidad económica de Rusia en caso de guerra, calculó que para 1936 el Soviet sería dos veces más fuerte que Alemania y cuatro veces más fuerte que Inglaterra y Francia. El Plan Quinquenal Ruso fué concebido de manera que las industrias nacionales pudieran ser transformadas rápidamente en industrias de guerra, y a tal efecto Voroshilov declaraba ante el XVI Congreso Comunista de 1930 lo siguiente:

«La base del armamento de nuestro país está en el desarrollo acelerado de nuestro sistema económico, en el aumento de la producción metalúrgica y de las industrias químicas, en la producción de automóviles y tractores, y en general en el desarrollo de nuestras industrias de ingeniería». A esto habría que añadir que Rusia posee el requisito esencial de un país en guerra, que es, según las gráficas palabras del General Eimannsberger: «no una corriente, sino un río de petróleo», y además vastas fuentes de caucho, níquel, mineral de manganeso y cromita.

LA QUIMICA ALEMANA Y EL BANCO DE INGLATERRA

Lo que obligó a Alemania a poner en vigor el Plan de Cuatro Años fué precisamente la carestía de materias primas. Para crear fuentes autónomas en el Reich, las Industrias Químicas alemanas han realizado milagros en los últimos años. El doctor Ungewitter, director de estas Industrias, dice que en cada tonelada de cenizas hay determinados metales por valor de 50 dólares, de manera que Alemania podría abastecer los que necesitara en sus industrias de guerra y aún tendría sobrantes para la exportación. En unos 250 millones de dólares anuales calculan los químicos nazis el producto de los metales extraídos de las cenizas para estos fines.

Estos esfuerzos de la ciencia alemana, sin embargo, no solucionan el problema metalúrgico en totalidad, y nada pueden como medios de crédito en el extranjero contra el poderío financiero inglés. Por ejemplo, de un solo golpe, a principios



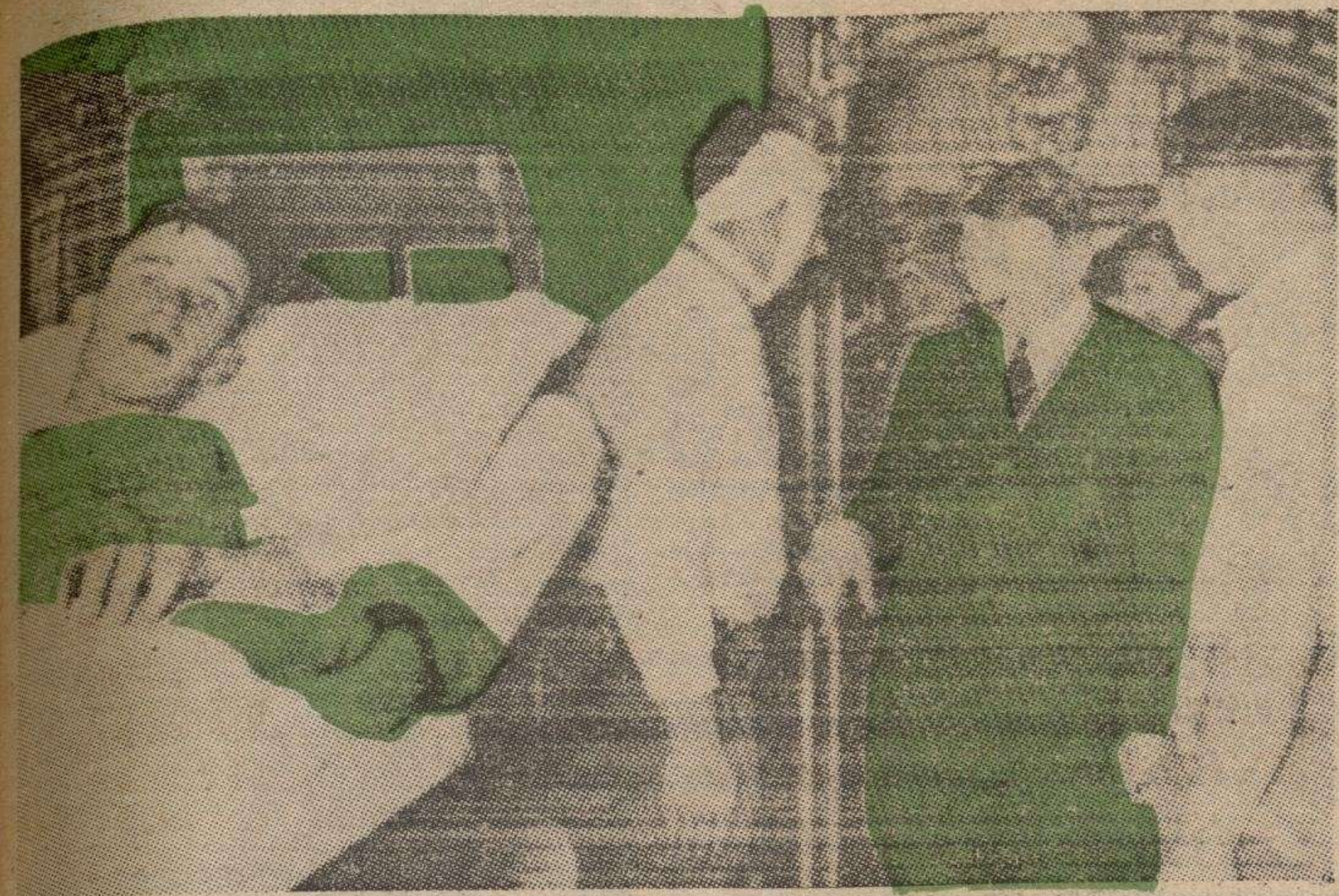
EN POLONIA SEPT. 1939

**HITLER
FRENTE AL EJE
del Oro**

EL BLOQUE ECONOMICO DEL QUE FORMAN PARTE ECONOMICAMENTE ESTADOS UNIDOS, INGLATERRA, FRANCIA, BELGICA, HOLANDA Y SUIZA, CONTROLA EL 87 POR 100 DEL ORO DEL MUNDO.—SIN CANJE NI CREDITOS EXTRANJEROS, PRIVADO DE MARINA MERCANTE Y NECESITADO DE ALIMENTOS Y MATERIAS PRIMAS, EL REICH SUFRIRA EN LAS TENAZAS FINANCIERAS DE SUS RIVALES.

cer de armamentos en abundancia a las tropas necesarias caso de un conflicto general.

El Instituto Alemán de Investigaciones Económicas informaba en agosto de 1936 que la capacidad de Italia para proveerse de productos importantes era la siguiente: aceite mineral 0.7; caucho 0; carbón 3.2; cromo 0; acero y hierro 37.1; fosfatos 0; mineral de manganeso 14.2; latón 0; maquinaria 14.2; níquel 0.1; plomo 69.7; cobre 3.2. Los únicos materiales que puede producir en suficiente cantidad son nitratos, zinc y aluminio. Carece de fondos y de una industria química capaz de producir sustitutos sintéticos de los productos que le hacen falta. Para atender a los requisitos de un ejército de 2.000.000 de hombres y para construir buques de guerra necesitaría aproximadamente 3.1-2 millones de toneladas de acero



Hitler visitó los primeros trenes de heridos procedentes del frente polaco. Aquí está el Führer, conversando con varios de ellos.

del corriente año, por medio de una ley de revaluación, la Cámara de los Comunes aumentó el valor del oro del Banco de Inglaterra en 467 millones 600.000 dólares, preparándose evidentemente para la guerra en la economía internacional. Es sabido que el gobierno inglés controla este oro, además de los 2.104.200.000 de dólares del Fondo de Estabilización. La transacción de la revaluación es importantísima, porque las utilidades así obtenidas las ha dedicado la Gran Bretaña a financiar su programa de armamentos.

Frente a estas ventajas basta citar un caso que presenta ya la primera derrota del Reich en la batalla económica, y es el de los mercados extranjeros de las industrias químicas donde vendía 150 millones de dólares anuales y ahora no puede vender un solo céntimo. Paralizada la actividad comercial germana por el bloqueo, el estado nazi no podrá obtener las materias primas ni los alimentos que necesita por falta de créditos y canje.

EL ORO EN LA GUERRA DE NERVIOS
Una de las tácticas de Hitler con sus movimien-

tos de conquista ha sido apoderarse de fuentes de abastecimiento y de oro, como lo hizo en el caso de Checoslovaquia, sino debilitar la posición financiera de los Aliados con las movilizaciones y el rearme. Durante la crisis de septiembre de 1938, la movilización francesa unos 350.000.000 de dólares y la inglesa una suma similar. Además, las dos naciones se vieron obligadas a poner en vigor un programa de armamentos que costó 4.000 millones de dólares.

Al absorber Alemania a Austria en agosto de 1938, las reservas de oro de Inglaterra, que montaban a \$4.180.000.000 empezaron a disminuir. Ese año fué enviado a los Estados Unidos un total de \$1.050.000.000. En lo que va del año en curso los embarques de oro británico han alcanzado a \$2.457.000.000 de modo que la reserva actual en Londres es de \$2.457.000.000. Desde luego que todos estos tráficos son una insignificancia si se tiene en cuenta que la Guerra Mundial de 1914 le costó a Inglaterra la friolera de 35.000 millones de dólares.



Arriba: el jefe del Estado Mayor general del ejército germano, Von Brauchitsch. Abajo: Von Keitel, jefe de maniobra del ejército alemán.

1.—Uno de la colección de instrumentos extraños usado para el tratamiento de los dementes en la Torre de los Locos de Viena. Era una forma favorita de disciplina que se consideraba excelente. Los hace sentirse «avergonzados de sí mismos»—escribió un especialista en la materia.

2.—Profesor de Cirugía de Berna, capital de Suiza, y el primero que ganara el Premio Nobel de cirugía en 1909. En 1878 realizó la primera operación de extirpación de la glándula tiroidea, que hizo época. Debido a sus investigaciones se conoció la naturaleza de la glándula y su relación con el funcionamiento del cuerpo.

3.—Durante la guerra civil de los Estados Unidos, cuando se desconocían las protecciones contra los gérmenes,

Cartilla Histórica de la Salud
Por FISHER BROWN y NAT FALK

¿QUÉ ERA EL "ATAUD INGLÉS"?

¿QUÉ FUÉ THEODORE KOCHER?

¿QUÉ CAUSÓ EL MAYOR NÚMERO DE MUERTES EN LA GUERRA DE 1861 EN EE.UU.?

27

murieron más soldados a consecuencia de las enfermedades que en los campos de batalla.

En los Estados Unidos nada más, entre julio de 1938 y agosto 26 de 1939, las órdenes franco-inglesas por aviones han montado a 121 millones 432.419 de dólares. El día que empezó la guerra contra Polonia, Francia recibió su primer avión de bombardeo de la compañía Douglas, de los cuales ha comprado 100. Otros 215 ha ordenado de la compañía Martin; 200 de la North American; 40 aparatos de persecución Vought y 26 Curtiss Wright. Inglaterra compró 400 aviones de entrenamiento a la North American y 250 de exploración a la compañía Lockheed.

Los aliados estaban en condiciones de resistir el costo de la guerra de nervios, pero han preferido que el asunto se dirimiera de una vez en el campo económico. A pesar de la ley de neutralidad norteamericana, están favorecidos, en el orden fiscal, por las facultades que tiene el Presidente de los Estados Unidos sobre el Fondo de Estabilización de las Divisas, que le permite alterar el valor del canje del dólar con distintos países, y por la autonomía de que goza el Banco de Importaciones y Exportaciones de Washington para financiar créditos destinados a la compra de productos no indicados en la ley.



El frontis del Gran Casino y los jardines.

El juego ha sido siempre uno de los espejismos que más han atraído a los humanos. Raro es el hombre que no haya tratado en alguna ocasión de so ventar sus momentos económicos difíciles frente al tapete verde de un Casino. La ilusión de centuplicar en pocos minutos una cantidad de dinero sin otro esfuerzo que acertar unas cuantas combinaciones posibles, ejerce una atracción a la que difícilmente se escapa. Y el juego, claro, hace víctimas por centenares. No en balde el vulgo repite como una cantilena: «De enero a enero el dinero es del banquero».

Entre todos los pueblos quizás sea el inglés el que más ama las apuestas. Todo súbdito británico —y mientras más distinguido sea más jugador es de pura cepa— gusta de transar sus discusiones con alguna apuesta. Los puntos de vista contradictorios están acostumbrados a resolverlos con algún perjuicio económico para aquel que enfoque el problema erróneamente. En estos meses que han precedido a la terrible guerra cuyos comienzos presenciábamos todos, los ingleses han hecho las más pintorescas apuestas sobre las posibilidades de la quiebra de la paz. Muchas libras esterlinas han cambiado de bolsillo después del primero del actual mes de septiembre. Como en las carreras de caballos, las distintas soluciones del problema planteado se cotizaban por una serie de logros. 20 a 1 a que la guerra no estalla antes de tal fecha; 15 a 3 a que Polonia no entrega Dantzig sin oposición armada; 8 a 5 a que la Línea Siegfried continúa invulnerable hasta fin de año; 12 a 20 a que Italia entra en la guerra en todo lo que queda del mes de septiembre...

Toda combinación imaginable que pueda realizarse en el futuro, por absurda que parezca, en el espíritu inglés encuentra una cotización económica. Pero la famosa Lloyd inglesa—la compañía de seguros más fantástica que existe sobre la tierra—no cotiza los riesgos más pintorescos que cualquiera desee imaginar? En el fondo de las especulaciones de esta empresa podría verse el más original garito que funciona en el mundo. Organismos como éste sólo en Londres son posibles. El inglés es un señor escéptico en la apariencia que ama el «smoking», el «whisky and soda» y las apuestas...

En el pasado mes de agosto murió en Londres el más jugador de todos los ingleses. El periódico de los bordes del Támesis en que leemos la noticia, nos informa de la pena con que se acogió la nueva en los Clubs distinguidos de la capital británica. Lord Rosslyn era un hombre muy popular. Su sonrisa, aun en los momentos en que la diosa de la cornucopia se mostró con él más esquiva, no dejó de florecer nunca bajo su bigote cano. Era un perfecto «gentleman» que no traicionaba sus emociones adversas. El juego, al que dedicara toda su existencia, era sólo un deporte para Lord Rosslyn. Su figura fué más que popular en todos los Casinos de Europa. En Montecarlo sus hazañas son famosas. Si en este célebre Casino de la Costa Azul hubiese un Libro de Oro para conservar la memoria de sus más fabulosos clientes, el nombre de Lord Rosslyn fulguraría en su página primera. Frente a la ruleta y ante el cajetín del «baccara» oficiaba como un sacerdote de Thebas. Sus apuestas eran espeluznantes; sus nervios de acero; su sistema de juego, rítmico e

Ha muerto el rey de los
JUGADORES
por Renato Villaverde

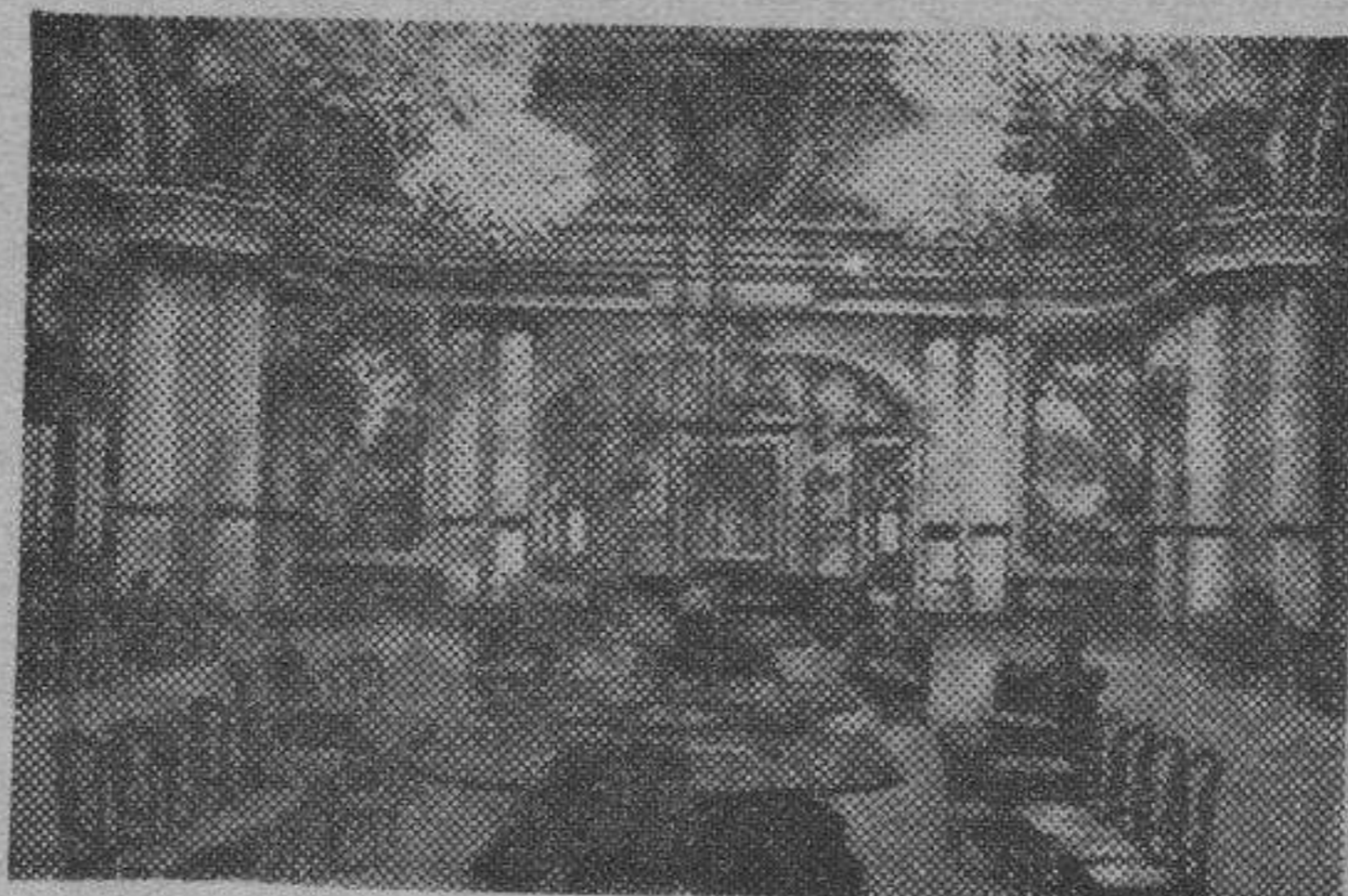
El espíritu británico de las apuestas.
—Lord Rosslyn, inglés de abolengo, y el más famoso jugador de Inglaterra.—Las hazañas en los casinos europeos del soberano de las martingalas.—Gran amigo de Blasco Ibáñez, “el hombre que no ha jugado nunca”.
—El azar y la vida sentimental de Lord Russlyn.

inalterable como su sonrisa amable y enigmática.

Lord Rosslyn ha muerto después de haber jugado el impulso de sus corazonadas. Presentia que el azar tiene sus reglas, si bien desconocidas para los hombres. Su juego era técnico como el de un trenzador de gobelinos. Trató siempre de encerrar la suerte en moldes matemáticos. Era, en fin, un ser que creía en el éxito de las martingalas. La «bitácora» constituía su Corán. Lo que el mundo considera caprichos del azar, él lo tildaba como deficiencia en su técnica. La bofetada de la suerte no es más que un error de cálculo. «La bitácora—decía a sus amigos que lo oían fascinados—no puede equivocarse jamás. Como la historia, las combinaciones en la ruleta, se repiten. El «salto» no es excepción, sino regla general. Pero es una regla que se repite poco, pero siempre matemáticamente. Mis estadísticas así lo demuestran. El azar no anda al garete. Y yo he llegado a ser el «maitre del azar»...

Lord Rosslyn ha muerto después de haber jugado más de cincuenta años consecutivos. Sus teorías siguen siendo un enigma. Se estima que perdió más de un millón y medio de dólares. Sus cálculos no lograron derrotar plenamente al cero de la ruleta. Esquivó sus zarpazos en mil ocasiones. Puede asegurarse que no hay un Casino en Europa que sus «bancos» no hayan saltado alguna vez bajo las apuestas de Lord Rosslyn.

De todos los Casinos era Montecarlo su prefe-



Un detalle interior de la sala de juego del Casino de Montecarlo.

rido. Durante largos años fué la figura más popular que cruzara la marquesina de su entrada. Se le consideraba el Dios del Juego. En sus mágicos



Lord Rosslyn, el rey de los jugadores, muerto en Londres, el mes pasado.

salones que sepultan tantas esperanzas, conoció y estrechó amistad con Vicente Blasco Ibáñez. Si famoso era Lord Rosslyn en Montecarlo, no menos célebre lo fué el genial novelista de «Sangre y Arena», aunque por motivos bien distintos. En Montecarlo se conoce a Blasco Ibáñez con el mote de «el hombre que no ha jugado nunca». Efectivamente, durante varios años Blasco Ibáñez visitó el Casino diariamente sin arriesgar jamás un solo franco sobre la tentación de los tapetes verdes. Los motivos de sus idas al Casino tenían por objeto hacer un estudio de la psicología de los jugadores que le sirviera después para su novela «Los enemigos de la mujer». Pero esta disparidad de criterios sobre las posibilidades del azar, no fué obstáculo para que el jugador inglés y el novelista

II RES naciones neutrales de Europa, Bélgica, Holanda y Dinamarca, viven hoy un momento de zozobra, en espera de la aparición del fantasma de Schlieffen, el Conde-General que entre 1892 y 1905 estableció en la táctica militar alemana el plan de ataque «único» que había de darle el triunfo al Reich en un movimiento relámpago caso de guerra.

REPERCUSIONES DE LIEJA Y NAMUR

El Plan Schlieffen se basa en la premisa de que Alemania no puede pelear una guerra en varios frentes a la vez. Para vencer, necesita: 1) —que la guerra sea breve; 2) —que sea en el frente occidental; 3) —que la decida una operación ofensiva apoyada en grandes concentraciones de tropas por el flanco derecho. Antes de morir, Schlieffen dijo: «Haced fuerte el ala derecha», y hasta la fecha ninguno de los grandes estrategas alemanes había ignorado el consejo. Von Moltke, generalísimo en la Guerra Mundial de 1914, siguió este plan en la invasión de Bélgica, pero no vigorizó el flanco lo suficiente y éste fué el comienzo de su derrota.

Aunque Hitler ha preferido revocar la tradición del Conde Schlieffen, buscando en Polonia la decisión definitiva que Alemania tuvo en sus ma-

Esta Radio Fo-
to Acme Editors
Press, fué tomada
el 10 de septiem-
bre y muestra
las primeras uni-
dades alemanas
desfilando por las
calles de Lodz ese
día en que la ciu-
dad se rindió a
las fuerzas de von
Fritsch.



gica los distritos de Malmédy y Eupen, arrebatados al Reich por el Tratado de Versalles, y que pueden ser el pretexto para una invasión, como lo fué el Sudetén para la destrucción de Checoslovaquia.

serían los Aliados arrastrados a violar su neutralidad para amenazar el ala derecha alemana. En 1914 Holanda gastó 600.000.000 de dólares para sostener 500.000 soldados vigilando la frontera belga, a fin de conservarse al margen del conflicto. Ahora, Hitler le exige que vigile su frontera neutral en el espacio e impida el vuelo de aviones ingleses sobre su tierra.

En su cabaña a la orilla del mar en Scheveningen, el verano pasado la Reina Guillermina, de 54 años, observaba como las reservas de oro de su reino huían de la incertidumbre provocada por la militarización del Reich. Hoy presiente que le va a ser difícil aguantar el oro y sostener la neutralidad de su imperio de 60.000.000 de hombres contra la desesperación de Hitler y el terror de los ingleses.

Ya sabía desde enero, que tanto su país como Suiza serían atacados por Alemania si la guerra se peleaba en el oeste. En aquel mes, Francia e Inglaterra acordaron protegerla militarmente, por considerar que estaba en la primera línea de defensa de las democracias. El General von Mertsch había convencido por el momento a Hitler de que la estrategia del drag nach osten no le convenía y que debía tornar sus ojos hacia occidente, donde estaba Holanda, cuyo imperio el Führer habría de repartirse con el Mikado según las cláusulas secretas del pacto firmado en Tokio el 20 de noviembre de 1938 por el General Ott.

EL BRITANISMO DE LA REINA GUILLERMINA

A la armada inglesa debe Holanda la conservación de sus vastos dominios coloniales, 60 veces más grandes que la metrópoli: Java, Sumatra, Borneo, las Célibes, Nueva Guinea y muchas otras islas del archipiélago indico. Japón tiene sus ojos puestos sobre estas tierras, y podría haberlas to-

(CONTINUA EN LA PAGINA 21)

Los horrores de la Neutralidad

nos en aquella guerra y que el Alto Comando rechazó por creer que era en el frente francés donde se dirimiría la contienda, es posible que rectifique su paso y vuelva los ojos a occidente. Ese día, habrá un eclipse de la paz en los pequeños países neutrales que están en el camino del ala derecha nazi.

Trece años contaba el actual rey Leopoldo de Bélgica la última vez que se puso en vigor el Plan Schlieffen. Alemania le había declarado la guerra a Rusia el 1 de agosto de 1914 y el 4 sus ejércitos violaban la neutralidad de Bélgica. Hoy parecen repercutir en Dantzig y Varsovia las detonaciones del ataque feroz de Alemania en aquel año sobre los fuertes de Lieja y de Namur.

¿NOMBRARA HITLER UN REY BELGA?

A Leopoldo, niño-soldado de entonces, le repugnan las dictaduras. Cuando abandonó el pacto de Locarno llamó embustero a Mussolini. Los nazis están activos en Flandes, minando la solidaridad de su reino, y en febrero derribaron el gobierno del Premier Paul Henri Spaak. Hitler reclama de Bél-

español se hicieran grandes amigos. Los extremos se tocan...

No vayamos a creer que el recientemente fallecido Lord Rosslyn era un tahir encumbrado por los golpes de la suerte. Su árbol genealógico ahonda sus raíces por la época en que Isabel de Inglaterra y María Estuardo de Escocia se enseñaban los dientes. De ilustre estirpe, pues, los elementos masculinos de su familia fueron célebres en Inglaterra por la arrogancia física de sus hombres. Lord Rosslyn fué un ejemplar que confirmó la tradición estética.

Espíritu humorístico, escribió un libro que rueda por Inglaterra describiendo sus aventuras. Junto a ellas se barajan nombres de altas personalidades inglesas desde la época de Eduardo VII. A pesar de su fino espíritu de completo inglés, Lord Rosslyn era un hombre netamente epidérmico que gustaba del amor tanto como del azar. Su vida sentimental se fija por sus tres matrimonios y por sus sonados divorcios.

Cuentan de su vida anecdótica que a poco del divorcio de su primera mujer, ésta se casó de nue-

Durante la guerra mundial de 1914 Alemania fundó el Consejo de Flandes —Raad van Vlaanderen, para facilitar su penetración armada en Bélgica. Muchos distritos de dicha zona eran entonces pro-alemanes y aún lo son. El año pasado el ejército belga fué dividido en regimientos flamencos y franceses. Leopoldo quiere apaciguar a los primeros, a diferencia de su padre el rey Alberto, que era decidido partidario de Francia.

Por eso el Kaiser Guillermo, que se había instalado en Spa en 1916, visitó en aquella época al Duque d-Arenberg, primer noble de Bélgica, en su castillo de Heverlé, y le prometió un reino bajo el dominio alemán, en sustitución de la dinastía de Alberto de Saxe-Coburg. El Duque aceptó y al terminar la guerra con la derrota alemana fué desterrado por traición a la patria.

EL REICH QUERRIA LAS COLONIAS HOLANDEAS

Si Hitler se reconcilia con el Plan Schlieffen, no sería Bélgica la única víctima. Inglaterra vigorizaría el bloqueo de Holanda y quién sabe si hasta

vo. En una ocasión en que la ex Lady Rosslyn se hallaba enferma, nuestro amigo corrió a su casa a interesarse por su salud. Su segundo marido salió a recibirlo, y Lord Rosslyn, emocionado y confuso, tartamudeó la siguiente frase:

«¿Cómo está, amigo, nuestra mujer?»...

Otro día topó a dos de sus antiguas esposas sentadas a la misma mesa de juego de un Casino francés. Con toda la corrección de un gentleman británico, se acercó a ellas ceremoniosamente, les besó las manos, enhebró la circunstancial conversación en tales casos, y terminó dando a sus pasadas compañeras de vida los secretos de su más reciente e invulnerable martingala. Los tres, aquella noche, jugaron y ganaron juntos. Después, como a tres camaradas alegres, se les vió alrededor de una mesa celebrando el triunfo con una cena fría presidida por las doradas burbujas del capitoso champagne.

Este hombre extraordinario que jugaba al amor con la misma sangre fría con que depositaba gruesas sumas en los Casinos de moda, viejo ya, ha rendido su cuerpo al eterno descanso. Para su vida

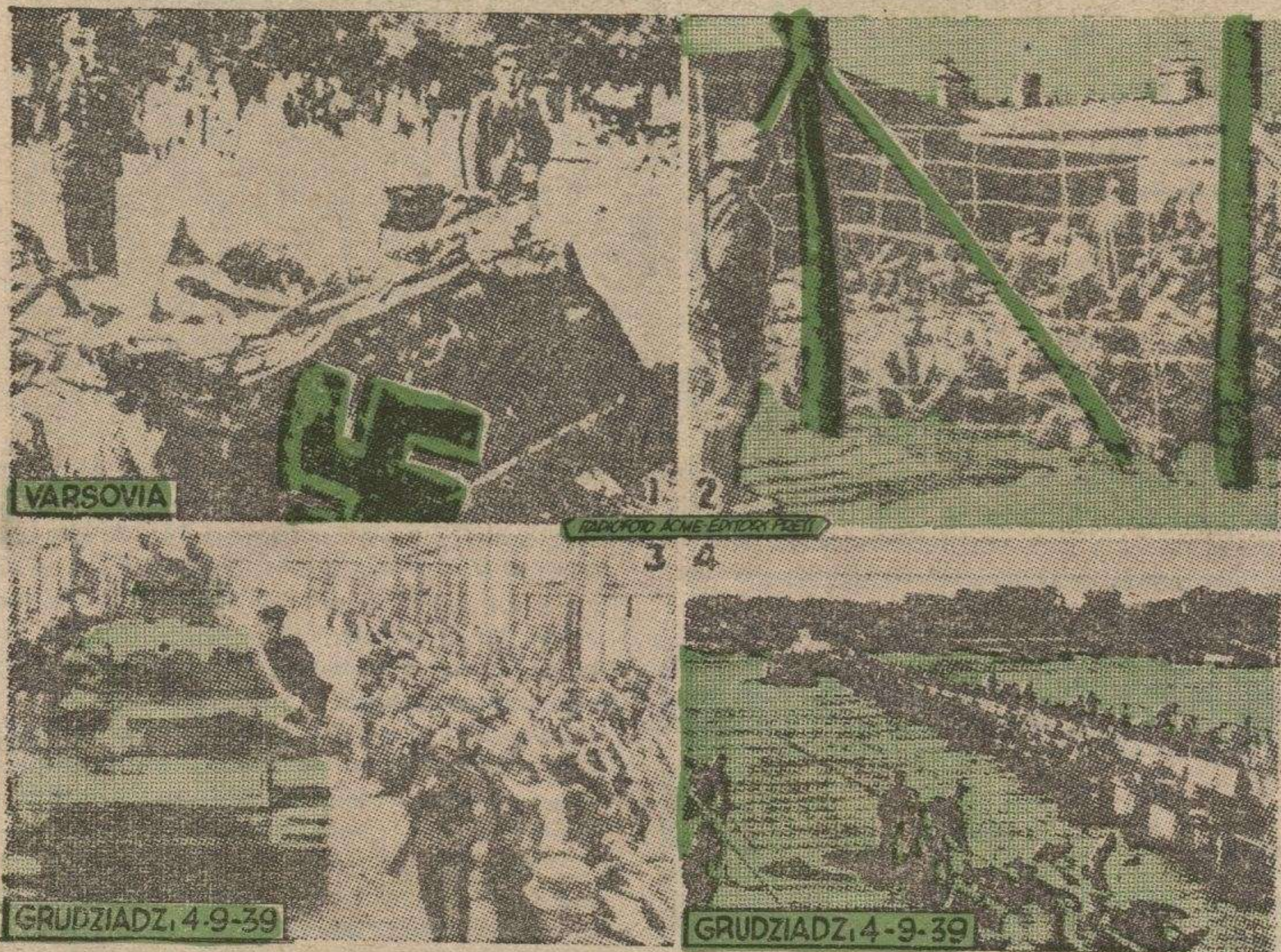
frívola el minuto no ha podido ser más exacto: pocos días antes del comienzo de la conflagración europea.

La guerra no era compatible con el carácter de Lord Rosslyn. Durante los trágicos cuatro años de 1914-1919, el más extraordinario jugador que ha producido Inglaterra, pasó momentos desasosegados. Los Casinos y los Hipódromos se hallaban casi totalmente cerrados. Lord Rosslyn no podía poner en práctica sus martingalas. Por eso quizás, presintiendo el nuevo receso a que iba a obligarlo la actual guerra, decidió escapar de esta tierra que tiene otras ocupaciones que a veces dificultan el juego...

Paz a sus restos. Ha desaparecido una figura de leyenda. Pero su recuerdo quedará por largos años impreso en esos lugares tentadores en que impuso la fuerza de su voluntad ganadora, mirando serenamente tras su popular monóculo, mientras su fantásticas martingalas trenzaban un himno de esperanza sobre las verdes epidermis de las mesas de juego.

Septiembre, 1939.

STALIN Y EL IMPERIALISMO DE LOS ZARES



¿Es la conquista de Polonia sólo la primera etapa de un plan de proyecciones fantásticas convenido entre Molotoff y Ribbentrop? He aquí algunas fotografías que ilustran los primeros resultados del acuerdo. 1. Restos de un avión derribado en las calles de Varsovia. 2. Un centinela alemán vigila un campo alambrado de prisioneros y «concentrados» polacos. 3. La entrada de las tropas alemanas en Grudziadz fué saludada con ¡Heil Hitler! por la población germano-polaca. 4. Cerca de Grudziadz se efectuó el «paso del Vístula», de napoleónica memoria, esta vez por tropas alemanas.

El 2 de marzo de 1938, el fiscal Andrea Y. Vyshinsky, presentaba ante el Colegio Militar del Supremo Tribunal del Soviet la serie final de cargos de traición y sabotaje que el estado formulaba a un grupo de sus más encumbrados caudillos, entre ellos el ex Premier Rykov, y el núcleo principal del llamado «Ejército de las Derechas y Trotskistas» en el que figuraban Bukharin, Yagoda, Krestinsky, Rakovsky, Grinko y Zelenzky.

Adquiere actualidad este proceso con motivo de la firma del pacto de no agresión ruso-alemán y de las cordiales relaciones diplomáticas y comerciales que el gobierno de Stalin sostiene con el Reich desde hace algunas semanas. Molotoff sustituyó como Premier en 1930 a uno de los acusados en el proceso, Rykov, y al reemplazar en recientes meses a Litvinoff como Ministro de Relaciones Exteriores, uno de sus colaboradores inmediatos viene a ser el fiscal Vyshinsky, quien ocupa ahora la vicepresidencia del gabinete.

EL CUADRILATERO ROJO Y HITLER

Son estos dos hombres los que, inmediatamente después de Stalin y el jefe del ejército ruso Voroshilov, dirigen hoy la estrategia política y militar de Moscú. Pronto serán sólo tres, porque hay rumores de que Molotoff prepara activamente la liquidación del general Voroshilov para que a la muerte de Stalin nadie pueda disputarle la dictadura, con su colega Vyshinsky a la derecha. En los círculos comunistas conocen al Premier con el apodo de Zarevich o príncipe heredero, y todo el mundo sabe que Stalin lo distingue por encima de cuantos revolucionarios tomaron parte en el golpe de 1917, porque fué el único que con él permaneció en el país cuando los demás huyeron en el periodo álgido de las persecuciones y se refugiaron en el extranjero.

Durante el sensacional proceso de los conspira-

dores, a quienes se acusaba de estar al servicio del espionaje inglés y de haber preparado un plan con el fascismo para derribar a Stalin, Rykov declaró entre otras cosas lo siguiente:

«En cuanto a nuestra posición derrotista, Bukharin se manifestó completamente de acuerdo con ella y se expresó todavía en términos más enfáticos que nosotros. Fué él quien, particularmente, propuso y formuló la idea de abrirle la frontera a los alemanes en caso de guerra. Al igual que los demás miembros de las derechas centristas, yo tenía conocimiento de las negociaciones traidoras que se estaban llevando a cabo entre los representantes de la organización contrarrevolucionaria y los fascistas alemanes de quienes gestionábamos ayuda. Naturalmente que este auxilio dependía de las concesiones que les hiciéramos a los fascistas alemanes, y nosotros convinimos en ello».

¿Quién había de decir que a los catorce meses de fusilar a estos acusados por entenderse con los fascistas, Molotoff recibiría en el Kremlin al Ministro von Ribbentrop y firmaría, en presencia del enigmático Stalin, un tratado de no agresión con el Reich?

RETRATO DEL CAMARADA SCRIABIN

Para realizar la alegada colaboración con los Nazis, el bloque conspirador de Trotsky debía comenzar una serie de actos de terrorismo y atentados. Entre las víctimas de los asesinatos proyectados estaban Stalin y Molotoff. Pero este último, experto en las maniobras subterráneas de los nihilistas, no les dió tiempo para actuar. Así, en vuelta de nueve años lo encontramos a la cabeza del gobierno ruso, con una legión de poderosos enemigos liquidados, con León Trotsky en el destierro acaudillando un movimiento débil y el anciano Stalin resignado a entregarle quizás antes de morir las riendas del poder.

Vyacheslaff Molotoff contaba 17 años cuando se inició en las faenas revolucionarias. Siendo estu-

dante del Colegio Técnico de Kazán, organizó las juventudes en una «Unión Sin Partido» que hacía adeptos entre los compañeros de bachillerato y universidad. Un año más tarde leyó a Carlos Marx y empezó a hacer propaganda comunista. Llevaba en su hoja de servicios en 1917 seis arrestos y un viaje de presidiario al penal de Irkutsk en Siberia. Desde fines de 1916 era miembro del Buró Ruso del Comité Central del Partido Comunista. Su verdadero nombre es Scriabin.

Hombre metódico y sencillo, acostumbrado a la tranquilidad burguesa en el hogar, y a la disciplina capitalista en el desempeño de sus tareas oficiales, Molotoff es el hombre más cuidadoso del Soviet. Lenin decía que era «el primer archivo» de la República y generalmente se le considera como la encarnación del oficinista perfecto. Su tez bien rasurada, sus bigotes alisados por el cosmético, su cabello nítidamente peinado, sus lentes y su dentadura limpia, a la Teodoro Roosevelt a quien se parece mucho, no son indicios del revolucionario arrabalesco que solemos imaginar.

EL PLAN DE «RUSIA PARA MOLOTOFF»

Hacia 20 años justos Molotoff venía observando los movimientos de su camarada Litvinoff, creador de la política de seguridad colectiva del Soviet y de los grupos de la colaboración con las democracias y con las dictaduras. En 1919 comenzó este flirteo diplomático con las naciones europeas de quienes los caudillos de la escuela de Stalin siempre dudaron. Clemenceau había erigido la llamada «cerca de alambre de púas» de Moscú en las tres nacionalidades del Báltico, Estonia, Finlandia y Latvia. Al negociar la paz con las dos primeras, Litvinoff realizaba como plenipotenciario su primer contacto con las intrigas francesas e inglesas.

Dos años más tarde en Rusia se sospechaba tanto de los países capitalistas que cuando el Presidente Hoover mandó a Walter L. Brown para hacer arreglos con el fin de alimentar a las muchedumbres hambrientas del Volga, Litvinoff exclamaba sorprendido: «La comida es un arma de combate!», y quería asegurarse de que los alimentos no se usarían para fomentar la contrarrevolución.

De un hombre así no podía dudarse, pero Molotoff no lo perdía de vista. En 1926 ya se perfilaba el actual jefe del gobierno como el «depurador» del Partido Comunista y en esa misión era que había de ganarse la confianza absoluta de Stalin. Su elevación a la jefatura de los Comisarios del Soviet en 1930 fué el resultado de esa labor de zapa entre los conspiradores enemigos de la dictadura roja.

Preparaba en silencio el material para los ruidosos procesos de la liquidación trotskista y centrista que habían de abrirle el camino hasta convertirse, no sólo en la cabeza de los asuntos interiores de Rusia sino en el factor más importante de la política internacional. Cuando Litvinoff, que era ya figura de relieve en Rusia, se comprometió demasiado con las democracias europeas, el Premier dió el paso para decapitarlo. Contaba con el respaldo del ejército rojo, que odia a Polonia y simpatiza con los alemanes. Stalin, que hacia tiempo estaba haciéndole la corte a Hitler, accedió a dejar en manos del jefe de los comisarios la madeja diplomática del Soviet.

UN RETO A INGLATERRA Y RUSIA

Ningún documento de la segunda revolución rusa—la de Stalin—se parece más a Nicolás Lenin, as de los conspiradores, que el discurso pronunciado por Molotoff ante el Congreso Soviet el 31 de mayo de este año, detallando la política externa de Moscú. Un internacionalista exaltado como Trotsky no hubiera podido hacer semejante discurso. A raíz del retiro de Litvinoff, caía como una bomba en los círculos diplomáticos de Europa. Inglaterra y Francia pedían claridad y él se las daba a montones.

Les decía que dudaba de sus intenciones pacíficas y de su posición a los agresores. Declaraba que parecían Inglaterra y Francia inclinadas a «desviar» las agresiones (hacia Rusia) mientras trataban de conseguir la colaboración rusa contra las agresiones que afectarían la hegemonía franco-alemana en la Europa Central.

«Nosotros—decía—queremos la paz y deseamos

PUEDE ECHARSE ENOS EN CIMA EL

Planeta "ANTEROS"



UN ILUSTRE astrónomo francés me decía no hace mucho:

—La mayor parte de las naciones llamadas civilizadas se muestran inquietas ante la amenaza de guerra que actualmente pesa sobre el mundo. Y a nadie se le ocurre, sin embargo, pensar en las amenazas siderales, que podrían resultar más dignas aun de consideración.

»La tierra atraviesa cada año, en agosto y en septiembre, regiones peligrosas en las constelaciones de Perseo y del León. Allí estalló, hace algunos años, por razones misteriosas, el cometa Tattile. Nuestro globo pasa entre sus miríadas de restos. Es

de desear que no tropiece jamás con un fragmento de grandes dimensiones, y continuemos asistiendo únicamente a sus magníficos fuegos de artificios celestes, determinados por esas lluvias de aerolitos que se llaman Perseidas y Leónidas.

»Ahí está el peligro de que se produzca un rozamiento del verano al otoño. El año próximo habrá otro, pero entonces será en invierno».

LA AMENAZA DE LOS ASTEROIDES

—¿Cuál es ese peligro?

—Nos amenaza Anteros, un asteroide. Alrededor del Sol, de la Tierra y de los otros planetas giran descomunales bloques de piedra. Los más pequeños tienen un kilómetro y medio de diámetro. Los

más grandes, cerca de ochocientos. Piazzí, el astrónomo italiano, descubrió en 1801 el primero de ellos, al que llamó Ceres. Posteriormente se identificaron más de mil trescientos..

»Los más recientes fueron descubiertos por el profesor belga Delporte, uno de los más grandes especialistas en asteroides. Se trata de Adonis y de Anteros, los cuales pasan, alternativamente, muy cerca de la órbita terrestre. Y bien podría llegar el día que la Tierra llegara a atraerlos.

»Anteros invierte dos años en dar una vuelta alrededor del Sol. Volverá a aparecernos, pues. el año próximo».

(CONTINUA EN LA PAGINA 11)

impedir el desarrollo de las agresiones. Pero debemos recordar el precepto del camarada Stalin: Hay que ser prudentes y no permitir que nuestro país sea arrastrado o conflictos por los provocadores de la guerra acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego».

Se quejaba de la claudicación de Munich. Anotaba los pactos de Inglaterra con Polonia y Turquía. Denunciaba como una ficción o biombo la propaganda de Alemania e Italia contra el Comintern. Recordaba a Londres y a París que hacía un año estaba Moscú negociando relaciones comerciales con el Reich y que era posible que esas relaciones culminaran en un entendido. Al leer esto, los estadistas ingleses y franceses dedujeron, equivocadamente, que se trataba de una estratagema con el objeto de obligarlos a ellos a ceder en las demandas de Stalin para cimentar la alianza antifascista.

DINAMITA DEL PACTO RUSO-ALEMAN

Las negociaciones ruso-alemanas no comenzaron sino después de la salida de Litvinoff del ga-

binete y ya adelantadas las conversaciones económicas. Con la victoria de Franco en España, el embajador alemán en Moscú empezó a sondear a Molotoff, ayudado por los emisarios de confianza del Mariscal Goering, sobre las posibilidades de extender el acuerdo económico al campo político. Von Ribbentrop llevó al Kremlin tres proyectos: el del pacto de no agresión por un período de 10 a 25 años; segundo, un pacto de amistad conficionado en el despacho de Goering; tercero, un acuerdo de propaganda y prensa para neutralizar las reacciones que pudieran surgir con motivo de a firma del pacto de no agresión.

El general George Fielding Eliot, estratega norteamericano, informa desde Londres que la opinión general de los expertos es que Rusia no piensa disparar una sola bala hasta que la Europa occidental esté en ruinas. Alemania, dice este observador, esperaba que Polonia se rindiera al darse a conocer la noticia del pacto ruso, y que Francia e Inglaterra aceptarían los hechos consumados, en cuyo caso a Moscú le tocaría parte del botín.

Eliot recoge el rumor de que el entendido alemán con Rusia acaso signifique además el reparto de los Balcanes. En tal eventualidad, Rusia se quedaría con Turquía, Bulgaria y la Besarabia, y obtendría libertad de acción en los estados del Báltico, inclusive en Finlandia y el este de Polonia. Alemania recibiría Yugoslavia, Rumania menos la Besarabia, Grecia, Hungría, Dantzig, el Corredor, la Alta Silesia y Posen. Polonia se reduciría a un pequeño territorio en las inmediaciones de Varsovia.

Al firmarse el pacto con Alemania, Molotoff dijo: «Hoy nosotros no somos enemigos, como ayer. El arte de la diplomacia consiste en disminuir y no en aumentar los enemigos».

Por permanecer quieto mientras el Reich se traga a Polonia y restablece sus fronteras de 1914, Stalin puede que recobre algo de lo que poseía la Rusia de los Zares, y hasta quizás realice el sueño moscovita de conquistarse Constantinopla y los Dardanelos.



Uno de los más bellos y visitados parques de Londres, se ha convertido en un campo de batalla—donde, afortunadamente para los ingleses, no se ha disparado ni un sólo tiro. (En la foto: una pieza antiaérea de las baterías instaladas en Londres).

MILES DE JOVENES EN LA GRAN BRETAÑA HAN OFRECIDO VOLUNTARIAMENTE SUS SERVICIOS, PARA LA DEFENSA DE SU PAIS, EN EL PASADO AÑO. EN ESTE ARTICULO, MR. JOHN CONNELL, EL BIEN CONOCIDO ESCRITOR, DA SUS PROPIAS IMPRESIONES, SOBRE LAS CIRCUNSTANCIAS DE SU ENTRENAMIENTO MILITAR VOLUNTARIO, EN UN REGIMIENTO ANTI-AEREO.

HACE un año, jamás habría podido creer que ahora iba a ser un tirador en un Regimiento anti-aéreo del Ejército Territorial, para ser llamado a servicio de un mes, en circunstancias tan semejantes a las de una guerra verdadera, como pueden hacerse.

Que yo—un hombre de 30 años, holgazán por temperamento, periodista político por profesión, novelista cuando hallo el tiempo—haya sido llevado a aceptar esta responsabilidad, es la medida de lo que ha pasado a mi país y a su gente, en un breve año.

Pertenezco a un Regimiento Anti-Aéreo, que se fundó en tiempo tan reciente como el pasado abril. Hoy, integramos dos baterías—algo así como 600 hombres. Hemos hecho mucho entrenamiento, todo en nuestro tiempo libre, y hemos dominado las técnicas de los instrumentos. Tenemos uniforme y equipo, cañones, delatores de elevación y predictores. Conocemos nuestras «estaciones de guerra». Estamos, en efecto, listos para cualquiera emergencia.

Constituimos una parte—y parte importante—de un gran Ejército nuevo, rápidamente formado, entrenado y equipado en este país. Hace menos de dos años y medio, las unidades antiaéreas del Ejército Territorial, numeraban, en todo el país, 673 oficiales y 9.496 de otros rangos, y eran 16.126 menos de lo que era entonces la fuerza requerida. Hoy numeramos más de 90.000 oficiales y hombres, y estamos muy cerca de la fuerza completa. La inmensa mayoría de entre nosotros se ha reclutado en los últimos pocos meses. Representamos bastante bien el nuevo Ejército de ciudadanos de la Gran Bretaña.

Tómese mi unidad como un ejemplo muy típico. Comenzamos en abril con nuestro cuartel general en dos pisos vacíos, en una manzana o cuadra de casas «de lujo» en Chelsea. Había el ayudante (un oficial tirador del Ejército), dos sargentos del Ejército, un escribiente y algunos joviales ayudantes voluntarios, llenando las necesarias formas de papel, pesando y midiendo a los reclutas, y viendo que se administraba el juramento de lealtad.

Estábamos inscritos como hombres de nacimien-

Con una unidad ANTIAEREA BRITANICA

Relato personal por JOHN CONNELL

to escocés, o con antecedentes escoceses, viviendo y trabajando en Londres. Nuestro título completo hoy es el 97 Regimiento Anti-Aéreo (El Ejército Territorial), el III Batallón, el «London Scottish». Así, formamos una unidad de aquel famoso y formidable regimiento territorial que sirvió tan magníficamente en la última guerra.

Como unidad para la defensa interna, tenemos un límite infimo de edad, de veinticinco, y uno superior de cincuenta. Hacemos, en nuestras ocupaciones civiles, un corte transversal muy justo de la vida londinense. Somos casi todos, hombres con ocupaciones útiles e interesantes, abogados, procuradores, contadores, ingenieros de construc-



Los jóvenes Territoriales completan su entrenamiento en tiro anti-aéreo. Estos cañones de 3.7 pulgadas (9.4 cms.), surten al Ejército.

ción, periodistas, propietarios de hotel, agentes de Bolsa. En la misma sección donde yo estoy, puedo nombrar un editor, tres procuradores, el pianista de una orquesta de baile, y el gerente de publicidad de una revista mensual muy lucrativa.

El oficial que está al mando de mi batería, es hermano del Marqués de Linlithgow, vicerey de la India. Se incorporó en abril en calidad de tirador y obtuvo su comisión a fuerza de mucho trabajo

y entrenamiento. El sargento mayor de batería es un arquitecto con mucha clientela, que era capitán de un Regimiento de Infantería en la última guerra.

En nuestros trajes de oficina de la «City» y nuestros sombreros, llevando nuestros paraguas y nuestros maletines, llegamos a nuestro cuartel, en los jardines del Hospital de Chelsea, el Asilo de los veteranos de la guerra. Nos parecemos—admitámoslo—un poco a las caricaturas de nuestro tipo que los críticos en el extranjero, les gusta pintar, con buena o mala intención.

Hacemos ejercicios con nuestras blusas de lona, con nuestras botas y nuestros gorros de servicio de campo. Para la mayor parte de nosotros nuestra experiencia de soldados, quedó hasta abril en el pasado. Cuando estábamos en la escuela, pertenecíamos casi todos nosotros, al Cuerpo de Cadetes; pero pocos de nosotros habíamos hecho ejercicio alguno por diez o doce años. Los británicos no son una raza de militares; y mi generación fué una que llegó a su madurez al fin de 1920, aquel periodo de una «paz» sí que un tanto delusoria.

El trabajo anti-aéreo es difícil y complicado; exige habilidad, rapidez y exactitud de todo el mundo, tanto de oficiales como de hombres. No sentimos haberlo emprendido. Yo sé, por lo que a mí me toca que, siendo inexacto y desaliñado por naturaleza, incientífico en mente, he sido impelido a ensanchar el alcance de mi pensamiento vastamente, a reflejar sobre altura balística la corrección, cuando mi temperamento y mi inclinación es reflejar sobre una frase de efecto en un artículo político, e intentar cálculos logarítmicos a toda velocidad, cuando mi entrenamiento profesional ha yacido muy lejos fuera del campo exacto de los logaritmos. Pero me doy cuenta del objeto de estas cosas, y estoy dispuesto de buena gana, a someterme a circunstancias y a actividades naturalmente incongeniales con mi temperamento y mi formación, a fin de salvaguardar la vida que me gusta y que he vivido en gran felicidad, durante los últimos treinta años.

Ese, supongo que es, el impulso que mueve al hombre de la calle, por todas partes, haciéndoles a todos tiradores y zapadores y soldados de infantería, en la defensa de su país.

Los santuarios modernos.—La musa greco-latina vive en París.—Los emperadores romanos que pillaron el Olimpo encadenaron a las musas y las llevaron prisioneras a sus palacios de Roma.—La tierra en que los jueces debían ser poetas no es otra que la vieja tierra de la Francia druídica.

borrosas. Y se acuerda de que la tierra de Francia recogió las musas que le vinieron de Grecia, vía Roma. Y recuerda que Roma, al entrar en la tierra olímpica como un sátrapa atilacoide y furioso, pilló los santuarios, encadenó a los dioses,

El vuelo de las Musas

por
Eduardo
Avelés
Ramírez

los rebautizó y se los llevó a Roma. Y que detrás de los dioses hicieron su entrada en la ciudad del Tiber las nueve musas, con cadena al cuello, arrastradas y polvorientas detrás del carro de los triunfadores. Y que los Octavios se hacían esculpir Tallas y Melpómenes, Clíos y Eratos, Uranios y Euterpes, Terpsícores y Foíymnias en la rigidez de sus palacios, de sus palacios llenos de arqueros vestidos de hierro y de prócónsules vestidos de púrpura, inflexibles en la aplicación de la ley del más fuerte, que sería más tarde la ley de Atila.

Y se acuerda también de que la tierra de Francia era la tierra natural de esas musas, porque, desde antes de la venida de César, había ya en esta tierra predestinada para las musas una «atmósfera cordial»: los druidas elegían sus jefes y sus jueces «a condición de que fueran bardos», caso único en las tierras!

Pasaron a Francia, pues, las musas que encadenó Roma, y desde los primeros tiempos se sintieron como en su casa: la poesía es una planta natural bajo este cielo, las artes son en esta tierra la verdolaga lujuriente y natural, los menestreses y los juglares del más remoto Medioevo «se daban solos», nacían y se procreaban casi por generación espontánea. Los reyes de baraja—¡Oh, Rey René!—las duquesas y las grandes damas—¡Oh, Clemencia Isaura!—hacían versos y pasaban la noche a escu-



char, en sus salones tapizados con unicornios de hilo de seda y oro, el tañir de las liras de los bardos errantes. Las musas se radicaron definitivamente en esta tierra, y nacieron los Villon y los Ronsard, los Racines y los Musset, naturalmente, por imperativo de la atmósfera quizá, y París fué Atenas en un gran milagro de reñorescencias, soñado unas veces en la ojiva de Pierre de Craon y otras en los jardines de Le Notre, bailando en los tapices de los gobelinos y otras en las telas de Watteau.

Las generaciones se tiñeron con el color de las musas y fueron «de origen olímpico».

Su culto es aquí natural y perenne: está, por decirlo con un dístico de fatigada cotidianidad, en la masa de la sangre.

Sus santuarios son invisibles: están erigidas en el espíritu. Pero son. Pero están.

Lo único que acaba de hacer la gran artista de la fotografía que es Juliette Lasserre es obedecer al llamado natural interior, al confeccionar este delicado, este gracioso, este poético fotomontaje.



MADEMOISELLE Juliette Lasserre es artista fotógrafa. Para una gran casa de costura de París realizó este «montaje» en el que aparecen dos musas—dos musas de la gracia del vestir—volando, calzadas con sandalias aladas, en un fondo de nubes matinales. Las túnicas griegas fueron sustituidas por dos trajes confeccionados en diaphéa. Brazos y muslos finos, actitudes impecables y graciosas, sentido poético general.

Delante de esas musas de París uno siente que la ley de la pesantez se quiebra en su línea de menor resistencia. Nada es pesado, en estos fotomontajes. No hay alas, pero hay alas. El paquidermo se hace más pesado y la atracción de la tierra se vuelve leyenda para ellas, para las dos musas de Juliette Lasserre.

El paquidermo sueña, viendo volar con tanta facilidad y con tanta gracia estas musas. «Ah, si j'étais roi!» se dice. ¡Ah, si yo tuviera alas...! Y después se pone a recordar, a precisar lecturas.

LOS ALPES, SU MURALLA NATURAL, LA HACEN CASI INVULNERABLE, PERO LA «ABERTURA DE BELFORI» PUDIERA SER UTILIZADA PARA LA INVASION DE FRANCIA O ALEMANIA.—CON SU EJERCITO DE 500,000 HOMBRES COMPLETAMENTE MOVILIZADO Y PUESTO BAJO EL COMANDO DEL CORONEL GUISAN, SUIZA ESPERA RESIGNADA EL DESARROLLO DE LA GUERRA

IN la segunda guerra mundial que acaba de iniciarse, el papel que puede haber a Suiza es de importancia enorme. En un momento dado, si el conflicto no acaba con la desmembración de Polonia, cuya ocupación está realizando el ejército alemán, a paso de gigante, la invulnerabilidad de las líneas Maginot francesa y Siegfried alemana puede convertir a la pequeña Suiza en la Bélgica de la nueva guerra.

Como una mirada al mapa se pone de manifiesto, Suiza se encuentra rodeada por las tres grandes potencias de la Europa occidental—Francia, Italia y Alemania—a espaldas de las mismas. Los Alpes,



EL JEFE DEL EJERCITO SUIZO.—La tradicionalmente pacífica Suiza, determinada a permanecer neutral en el actual conflicto europeo, no ha querido que la posible agresión de una de las potencias beligerantes la cogiera desprevenida. Por eso ha movilizó su fuerza militar y ha elegido para su comando al coronel Henri Guisan, que aparece en la fotografía.

su muralla natural, la hacen casi impenetrable por las fronteras de Francia e Italia, pero por el lado de Alemania, justamente al otro lado del final de la línea Siegfried las montañas Jura dejan una entrada hacia Suiza—llamada la abertura de Belfort—que conduce hacia Francia. Ese pasaje, más fácil a los alemanes que a los fran-

Si rascáramos en la carne, encontraríamos en el corazón de cada parisiense «el color de las musas», «la manera de las musas». Vuelan, estas musas de París, sobre celajes matinales o crepusculares, no importa. Lo que importa es que vuelan. Aire del día o aire del véspere, no importa: lo que importa es que sus túnicas 1939 parezcan alas, en la dulce multiplicidad de los pliegues. Y sobre todo importa que las leyes de la pesantez sean rotas en su punto de menor resistencia.

No sabemos si vivimos en Grecia o en París.

Una musa de Montmartre, Marguerite Hautin, dice que «en la carne viva de la poesía»...



En Ginebra se concentraron hace días los primeros soldados suizos movilizó. Su equipo está en los suelos, mientras los reclutas esperan ser trasladados a las fronteras.

SERA SUIZA LA BELGICA DE LA SEGUNDA GUERRA?

ceses, pudiera llegada la hora ser utilizado por cualquiera de los dos países para salvar la valla de la impenetrabilidad de sus formidables líneas de fortificaciones respectivas.

Desde que el año 1815 presencié la caída definitiva de Napoleón, la neutralidad «perpetua» de la pequeña Suiza ha sido respetada por las grandes potencias europeas. Sin embargo, cuando se trata de defender sus intereses vitales, los estados poderosos, como lo prueba la historia, no detienen sus propósitos ante la flaca barrera de los derechos de los débiles.

Los trágicos acontecimientos europeos han encontrado a Suiza «preparada para cualquier emergencia». Su ejército ha sido movilizó y realizó recientemente maniobras encaminadas a perfeccionar la defensa. Pero con sus cuatro millones y medio de habitantes—que viven en una superficie o extensión territorial de 41.346 kilómetros cuadrados—fácil es comprender la débil resistencia que pudieran presentarle al agresor que quisiera traspasar sus fronteras. Por lo pronto ya Holanda ha protestado de que una de las potencias en guerra ha violado su neutralidad, al volar sus aviones sobre territorio holandés.

Con un ejército de 500.000 hombres en pie de guerra y con sus otros cuatro millones de habitantes determinados a no perder su libertad de que viene gozando desde 1291, Suiza espera, resignada a su suerte, el desarrollo del conflicto, confiando que el tacto de su presidente, Philipp Etter, evitará, por lo menos, provocar la agresión. ¿Pero podrá lograrlo si la contienda se generaliza y uno de sus vecinos le pide, como le pidió el Kaiser al rey de los belgas, que le permita el paso de sus ejércitos a través del territorio de la Confederación Helvética?

Suiza está gobernada por una Asamblea Federal y por el Bundesrat o Consejo Federal, una especie de Gabinete. El Bundesrat posee más poder que la Asamblea y es quien realiza la legislación federal. Cada cuatro años, la Asamblea escoge siete de sus miembros para el Bundesrat, uno de

los cuales es electo Presidente Federal por un período de un año. El presidente actual procede de una pequeña localidad campesina y es padre de diez hijos. Su sueldo anual es de unos 11.438 dólares.

De los 22 cantones suizos, cinco constituyen «las más puras democracias del mundo». El poder es ejercido en esos cinco cantones por el pueblo que cada primavera, en una mañana de domingo, se reúnen en Landsgemeinden. Esas reuniones tienen lugar en la plaza de un pueblo o en un prado, donde levantando la mano se designa el representante que la localidad haya de enviar al Gran Consejo del cantón como consejero legislativo, en idéntica forma que lo han venido haciendo, a través de los tiempos sus antepasados.

Los 22 cantones de Suiza se rigen por una Constitución Federal puesta en vigor el 29 de mayo de 1874, la cual le da a cada cantón una gran independencia local. La Asamblea Federal consta de dos Cámaras: el Consejo Nacional y el Consejo de los Estados.

La industria del turismo es la principal de Suiza. A sus altos picos cubiertos de nieve acuden cada año millares de turistas procedentes de todas las regiones de Europa y América, que practican los deportes de nieve o buscan las bondades de su clima salutar. Existen en Suiza unos ocho mil hoteles que dan trabajo a unas 62.000 personas.

Suiza es un país esencialmente agricultor que explota en gran escala la ganadería y la avicultura. Su queso, su mantequilla y su leche son célebres. Produce también trigo, tabaco, vino y patatas, así como muchos otros frutos del suelo. Su comercio lo realiza principalmente con Alemania, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia, Argentina y Japón, por el orden nombrado.

En este período de emergencia, las fuerzas militares de Suiza—que habida cuenta de la presente conformación y potencia de los modernos ejércitos es casi nula—han sido puestas bajo el mando del coronel Henri Guisan, previa la elección correspondiente.

Triunfa un artista Español

A la izquierda: Xavier Cugat con Pura, Sari, Carmen Castilla y Judy Lane, cuatro de los valiosos elementos femeninos que figuran en su conjunto artístico. Al centro: Xavier Cugat, visto por el caricaturista Massaguer. A la derecha: fachada del Teatro Paramount, de Nueva York, anunciando la última actuación de Cugat.



XAVIER CUGAT, el maestro insigne de la batuta que desde hace un lustro dirige la Gran Orquesta del Waldorf de Nueva York, acaba de apuntarse una serie de triunfos de singulares proporciones en la gira que recientemente ha efectuado por diversos Estados de la Unión Americana, gira auspiciada por la Exposición Universal recientemente inaugurada en la gran metrópoli neoyorquina.

El arte excelso de Cugat ha sido justamente apreciado en ciudades de tanta importancia como San Antonio, Dallas, Houston, Detroit, Boston y Filadelfia. Era propósito del gran compositor y director efectuar la gira solamente en seis semanas. El éxito grandioso de su resultado alteró por completo sus planes, y aquellas seis semanas se convirtieron en seis meses; seis meses consecutivos de escuchar los aplausos con que los públicos premiaron la meritisima labor del gran artista. Pero donde más alta significación tuvo el éxito artístico de Cugat fué en Dallas, Houston y Detroit, en cuyas tres ciudades batió todos los records existentes en exhibiciones de arte musical no conocidas hasta el día.

(CONTINUACION DE LA PAGINA 7)

UN ACERCAMIENTO FATAL

—Lo que resulta inquietante—prosigue nuestro interlocutor—es que se nos aproximará de una manera inaudita. A fines de febrero mediará entre Anteros y la Tierra solamente una distancia de dos millones de kilómetros.

—¿A qué planeta se acerca tanto a la Tierra?

—Jamás, por lo menos desde la invención del telescopio. Marte, nuestro vecino más próximo, jamás avanzó más allá de 60 millones de kilómetros, y por cierto que entonces provocó el pánico entre los habitantes de la Tierra. El asteroide Amor, que también pareció estar a punto de verse atraído por la Tierra, quedó siempre a la distancia de 15 millones y medio de kilómetros.

—¿Cuáles son las dimensiones de Anteros?

—Dos kilómetros de diámetro. Pesa mil millones de toneladas. Bastaría que su órbita se inclinara un grado y medio para que su caída fuese segura.

—¿Qué sucedería entonces?

COMO DESAPARECIO LA ATLANTIDA

—Para deducirlo, consideremos los precedentes. El meteorito más gigantesco sería, probablemente,

Australia. Habría caído sobre la Tierra hace unos doce mil años, creando con sus restos, bajo el choque, el cinturón de islas que la rodean. El origen del mismo habría que buscarlo en la caída de la más pequeña de las dos lunas que entonces iluminaban la Tierra. Ese choque colosal habría provocado la desaparición de la Atlántida de que habla Platón, continente que se extendía entre Europa y América, en el cual habitaban razas muy civilizadas y que tanto ha dado que hablar a filósofos y poetas. Las Azores y las Canarias serían los picos más altos del continente desaparecido.

»Fué en el curso de ese episodio cuando los mamuts de la Siberia habrían sido sepultados en los hielos. Algunos de ellos se conservaron tan bien, que su carne se descubrió comestible. Esos animales aportaron la prueba, por los alimentos aun no digeridos hallados en su estómago, de que su muerte se debió a una catástrofe instantánea. Es obvio reconocer que el pequeño Anteros no puede amenazarnos con nada similar.

»También sería un meteorito la isla de Elba, así como ciertos bloques de piedras que se hallan inexplicablemente en medio de extensas llanuras, los cuales están principalmente constituidos por hierro y níquel.

UNA LLUVIA INQUIETANTE

—¿Dónde hay meteoritos?

—Por todas partes. En la Siberia está el famoso «Hierro» del físico Pallas. Los hay también en el Sahara, en Brasil, en Groenlandia, etc. En los Estados Unidos, cerca de Natchez, se descubre una gran cavidad que se llama «La copa del diablo» y que semeja el cráter de un volcán apagado. Un meteorito gigante se incrustó allí. En Arizona se ve otro cráter que posee un diámetro de un kilómetro y medio. Un meteorito de un peso aproximado a 500.000 toneladas se incrustó allí hace cincuenta mil años. Los meteoritos han caídos y siguen cayendo bajo todas las formas.

Se han encontrado utensilios y armas antiguas fabricados con hierro de meteoritos. La Piedra Negra, que los musulmanes veneran en La Meca, es, en realidad, un meteorito, caído en Arabia hace probablemente millones de años. Si se pudiera dejar en pleno aire, sobre una montaña cubierta por la nieve, o en pleno océano, sobre un navío, en un lugar al abrigo del viento y del humo, una hoja de papel, se encontraría, observándola con microscopio, un polvo de hierro de origen meteóri-

co. Se ha calculado que desciende del espacio, cada mil años, en una cantidad que se aproxima a las seiscientos cincuenta mil toneladas.

UN PREDECESOR ESPANTOSO

—¿Se ha observado alguna vez la caída de un meteorito de un tamaño aproximado al de Anteros? ¿Cómo se describió?

—El día 30 de junio de 1908, a las 7 de la mañana, cerca de Ienissei y de Touroukhansk, cayó uno sobre una región de bosques vírgenes. Lo que al respecto sabemos fué divulgado por el profesor ruso Koulik y por el astrónomo inglés Kirkpatrick.

»El bólido, visible a una distancia de 500 kilómetros, cayó con un rugido de trueno. El desplazamiento del aire fué tal que tumbó hombres y bestias que se hallaban en una extensión de seiscientos kilómetros a la redonda. Cuando chocó con el suelo, elevóse una inmensa columna de fuego, y los desprendimientos abrieron numerosos cráteres. La extensa floresta quedó calcinada en un espacio de cien kilómetros.

»Al mismo tiempo, la atmósfera llenóse de una cantidad colosal de polvo meteórico. Entonces se dió en llamar al fenómeno «nubes plateadas». La luz del día se tornó crepuscular. Y por la noche, sobre toda la ruta del mar Blanco, se podía leer perfectamente un diario, dada la gran luminosidad.

»Todos los observatorios del mundo registraron entonces un prolongado temblor de tierra, que dió la vuelta al globo en treinta horas. Se creyó, en un primer momento, en un sismo producido en Siberia.

Eso nos da una ligera idea de lo que sucedería en la Tierra si Anteros, que es por cierto mucho más pesado que el meteorito siberiano, llegara a caer.

Y aquí el astrónomo cree necesario precisar más:

—Anteros—nos dice—es muy lento, puesto que no recorre más de 29 kilómetros por segundo. Si cayera, no provocaría más que una catástrofe local, aunque podría provocar una inundación en los alrededores o un temblor de tierra. Hay sólo una probabilidad en cincuenta mil de que ese asteroide nos haga una visita. Pero no hay que olvidar que en la lotería la posibilidad de conseguir el premio mayor suele ser más o menos semejante, y, sin embargo, nos jugamos, bastante a menudo, nuestro billete...

Las Fotografías

por
Evelyne Pollet

TODO había terminado y su hijo podría regresar ya. Terminados aquellos días a orillas del Escalda; teminadas aquellas noches de insomnio, en las que ella se pasaba horas enteras mirando, allá a lo lejos, cómo los cohetes de señales iluminaban el cielo, escuchando el trágico tronar del cañón. Terminada la horrible y perpetua tensión que creaban en ella los estampicos... Todo aquello no importaba ya. Lo importante era que su hijo iba a regresar. Un poco antes de la ofensiva general, había sido retirado del frente, incapacitado, por los gases, de seguir luchando. Había escrito que, contra lo que todos creían, mientras sus compañeros iban muriendo poco a poco en el hospital, él mejoraba rápidamente. No obstante, su estado le prohibía abandonar aún el hospital y participar en el grandioso desfile de los ejércitos vencedores. Así, la única pequeña parte de gloria que le hubiera correspondido en toda la guerra le era robada por su mal. Pero no importa—pensaba la madre—. La verdadera gloria es estar vivo...

No lo había visto en todo el transcurso de la guerra. Refugiada en Holanda, de donde se trasladaría a verlo en Inglaterra durante sus licencias, no le fué posible ir, porque su marido no quería de ninguna manera exponerla a los peligros de la travesía. ¡Hasta había empezado a odiar a su marido, que así le impedía que viese a su pequeño! Pero ahora, ante la noticia de que su hijo podía regresar ya, le pareció que empezaba a querer nuevamente al esposo, que tan fielmente había velado por ella.

La víspera de su partida para Bruselas, se preguntó: —¿Me encontrará muy cambiada?—. Se miró al espejo largamente, por centésima vez, inspeccionando con ansiedad aquel rostro que, cinco años antes, era todavía bello y robusto, el

rostro de una mujer joven, de una mujer a quien se podía amar, pero que ahora sólo era el rostro de una mujer amante, casi una vieja mujer. En aquellos últimos años, había envejecido terriblemente.

No era que no hubiese luchado—. Cuando regresase, se disgustará ante su vieja mamá—pensaba. Y ahora que su alma estaba roída por la inquietud, afiebradamente trataba de anular la acción de aquellos años devastadores, llenándose de cremas las manos al ir a acostarse, cepillándose vigorosamente los cabellos. No obstante, aquellos cabellos que él había conocido rubios, brillantes, sedosos, estaban ahora casi completamente grises.

La casa había perdido todos sus adornos y vajillas. Faltaban los elásticos y los colchones. Todo se hallaba en un abandono y una pobreza inconcebibles. Durante una hora, errando de habitación en habitación, la madre experimentó una profunda sensación de soledad y extrañeza, llena de dolor. Y aquel dolor provenía de que su decepción le parecía como aviso de otro desencanto más terrible que la esperaba y contra el cual ya luchaba con usamente. Al mirar las fotos de sus hijos, pequeños o adolescentes, lloró. Ahora, Marcela era ya una señorita y René un hombre. Pero ella no podía creerlo. A pesar de las fotos en las que veía a su hijo vestido de soldado, le era imposible acostumbrarse a la idea de que el «niño» hubiese crecido tanto. René parecía todavía tan ingenuo, tan simple... El hombre es un ser complicado y profundo. Temía que la vida le hubiese cambiado a su hijito. Miró a su esposo y vió cuánto había envejecido; parecía enfermo, minado por los sobresaltos y la angustia. Por primera vez en aquellos interminables cinco años—en los cuales, sin embargo, no había dejado de merecer a todos el concepto de excelente esposa—pareció

salir de algo así como de un sueño, viendo a su marido en toda la realidad, vencido por el sufrimiento. Tuvo ganas de acercarse a él y abrazarle tiernamente. Pero como había perdido ya la costumbre de hacerlo, se contentó con llamar a Marcela y ponerse a trabajar con ella activamente en el arreglo de la habitación.

René llegó cuando sus padres no lo esperaban ya y se disponían, no obstante las mil dificultades que ello significaba, a ir a reunirse en un hospital de Francia. Terminada la guerra, el muchacho no había podido soportar la idea de eternizarse en el hospital y huyó, saltando de un tren a otro, hasta llegar a Bruselas.

Marcela ayudaba a su madre a preparar el equipaje. El padre había salido. Alguien llamó a la puerta. La sirvienta fué a abrir, y sonrió ante el soldado pálido y extenuado que vió ante sí.

—¿Está la señora?—preguntó René.

—Sí, señor. Está preparando el equipaje con la señorita.

—¿El equipaje?... ¿Es que van a emprender algún viaje?

—Sí, señor. La señora y el señor van a ver a su hijo, que está en un hospital de Francia.

René vaciló un instante. Después dijo en voz muy baja:

—Yo soy ese hijo. Tengo miedo de producir una emoción demasiado violenta a mis padres. ¿Quiere hacerme el favor de llamar a la señorita? Dígame que pregunta por ella cualquier proveedor que se le ocurra.

Esperó en el pasillo. Y vió bajar la escalera a una joven hermosa y alta. Exactamente igual a su madre, cuando era más joven.

—Marcela, querida, ¿ya no me reconoces?

—¡Dios mío!... ¡René!... ¡René!...

Se abrazaron tiernamente. Marcela se echó a

llorar. Después, secándose rápidamente las lágrimas, exclamó en voz baja:

—¡Cuidado con mamá! ¡Sufre del corazón!

—¿Sí?

No pareció ni inquieto ni asombrado de la mala noticia. En el ejército, era realmente una suerte estar enfermo del corazón, porque así se libraba uno de ir a las primeras líneas, tan peligrosas.

La madre, sola allá arriba, se preguntaba: —¿Por qué tardará tanto Marcela? ¿Qué puede retenerla abajo? ¡Y esa sirvienta tenía un aire raro cuando vino a decirle que!... — ¡Y, de pronto, se hizo la luz en su cerebro! Fué su corazón el que suyo y se puso a latir violentamente, sordamente. La sangre le subió, como una ola cálida a la cara. —Es él, es él—parecían murmurar todos los objetos que la rodeaban en la habitación. Por un instante se preguntó, como en los sueños, si podría avanzar un paso, si algún genio maléfico no la clavaría en aquel lugar una eternidad... Después, haciendo un brusco esfuerzo, se lanzó hacia la puerta. Sus piernas, vacilantes, la llevaron, como por milagro, hasta la escalera. Sorprendidos en pleno conciliábulo, Marcela y René volvieron hacia ella los ojos.

—¡Mamá!—exclamó la joven, acudiendo asustada a sostenerla.

Pero la madre la separó de un manotazo, y un segundo después sus brazos se cerraban en torno del hijo. Y lloraba, lloraba...

Por fin, se separó un poco de él y entonces vió a un hombre de rostro amarillento, de hundidos ojos y exangües mejillas, que la miraba pacientemente. Marcela le acercó una silla, y ella se sentó.

Tuvo vergüenza de su momentánea debilidad y, pasado el primer momento, se tranquilizó, recuperando toda su firmeza. Se esforzó en aparecer joven a los ojos de su hijo y hasta intentó bromear.

Se habían ido a la sala. René parecía estar como de visita. Miraba a su madre y pensaba: —Se ha vuelto vieja— pero aquella comprobación no le producía ni pena ni sorpresa. No se habría sorprendido si la hubiese visto con los cabellos completamente blancos. Le harían falta todavía muchos años para volver a asombrarse de algo, para reconquistar la divina sensación del dolor, para recuperar el interés suficiente como para formular preguntas.

Sin embargo, experimentaba una ruda alegría al volver a ver a su madre y como deseando exteriorizarla, le dió unos golpecitos en la espalda. La madre le miró un instante, y después rió sonoramente. ¡Ah!... ¡No le imponía respeto! ¡Seguía siendo su camarada! ¡Y aquello quería decir que René no la encontraba tan cambiada, que no la veía envejecida! Como antaño, seguiría estando mucho más cerca de su hijito que los demás de la familia—. ¡Es René!—pensaba, haciendo un esfuerzo para no aceptar la decepción—. ¡Es René, nuestro pequeño René!

—¿Estás seguro de que te sientes completamente bien?—le preguntó numerosas veces.

Y René respondió con orgullo:

—¿No me ves?... ¡Ni una marca! Mis quemaduras han cicatrizado en pocos días. Al cabo de dos semanas, ya veía otra vez. ¡Y estoy firmemente decidido a no perder ni mis dientes ni mis cabellos!

—¡Tus hermosos dientes!... ¡Tus lindos cabellos!—respondió la madre, queriendo negarse a observar los cambios de aspecto, de expresión, de actitud, mientras Marcela volvía los ojos a otra parte, para que no viesen sus lágrimas.

Después... —Cuenta, cuenta más—le pedían los padres todo el día. Pero René parecía no encontrar nada que contar. Todo aquello le resultaba realmente fastidioso. Las cosas habían pasado y pasadas estaban. Buscando recuerdos en su cerebro, le hurtaba instantes preciosos de satisfacción el presente. Y él quería, ¡con cuánta ansia!, creer en el presente, aferrarse y olvidar para siempre el pasado. El porvenir... ¿Qué le reservaba el porvenir? Primeramente la convalecencia y después... ¡Ah, claro!... Después, la salud



recobrada y la buena vida. ¡La buena vida!... Pero era necesario repetirse esto muchas veces, constantemente, para creerlo.

Era molesto, irritante, oír incesantemente a sus padres preguntarle: —¿No quieres acostarte?... ¡Tienes cara de fatigado!... ¡Deberías cuidarte mucho todavía!... —En el ejército nadie se preocupaba de decirle esas cosas a uno. Hasta en el hospital, lo único que escuchaba eran órdenes. Nadie se asombraba si uno tenía cara de fatigado...

—¿En qué piensas, nene?... Tienes cara de triste... ¡Pero ahora estás con nosotros!... Todo aquello pasó... ¡No pienses más!

¿Cómo había adivinado la madre? Cuando él tenía quince años y ella solía adivinarle con frecuencia los pensamientos, René había experimentado siempre una especie de extraordinario alivio. Pero ahora, se puso de pie, áspero:

—¡Si crees que todavía tengo la costumbre de pensar!...

Ceñudo, se fué a su habitación.

Llamaba «vieja» cariñosamente a Marcela, pero ni una vez había llamado a su madre como solía hacerlo antes de partir a la guerra: —Querida viejita... Mi pobre viejita... —Y cuando ella leyó la correspondencia de Flaubert, sintió a la vez celos y ternura, al ver que, cuarenta años antes, otro hombre llamaba así a su madre: —Querida vieja... Mi buena vieja...

Marcela penetró en la sala y fué a sentarse al lado de su madre.

—Crees que ha cambiado mucho, ¿verdad, mamá? Sin embargo...

—¡No!—interrumpió enérgicamente la madre—. Claro que se ha hecho todo un hombre en los últimos cinco años, y que no tiene muy buen aspecto. Pero eso será cuestión de unas semanas solamente..., a lo mejor, sólo días...

Marcela no respondió. Y las dos pensaron: —¡Y

no tiene nada de cariñoso!—. René, a quien ambas habían conocido tan afable, tan lleno de alegría... — Pero eso será también cuestión de unos días—pensó la madre, agregando para sí: —Y de un poco de ternura por nuestra parte.

—Marcela, hija mía—dijo a la joven—. Es necesario que seamos muy cariñosas con él, ¡muy cariñosas!

—¡Claro, mamá!—respondió Marcela, un poco ofendida.

—Quiero que me comprendas bien... nosotras, ahora, debemos parecerle un poco... ¿cómo decirlo?... extrañas.

—Sí, sí, mamá; comprendo perfectamente. No tienes necesidad de explicarme.

Y la madre, súbitamente irritada, replicó:

—No se te puede decir nada!

Entró el padre. Marcela se levantó, dejándolos solos. El padre se sentó ante su escritorio y fingió una ocupación. La madre había cruzado las manos sobre sus rodillas y miraba fijamente a la pared. De pronto, aquel dijo en voz baja:

—¿No te parece que René tiene aspecto de enfermo?

—Nada de eso—respondió ella en voz alta—. Está fatigado, naturalmente. Eso es todo. Creo que no debió abandonar el hospital tan pronto. Si hubiese llegado a casa dos semanas más tarde, estoy segura de que le habríamos encontrado lo más bien.

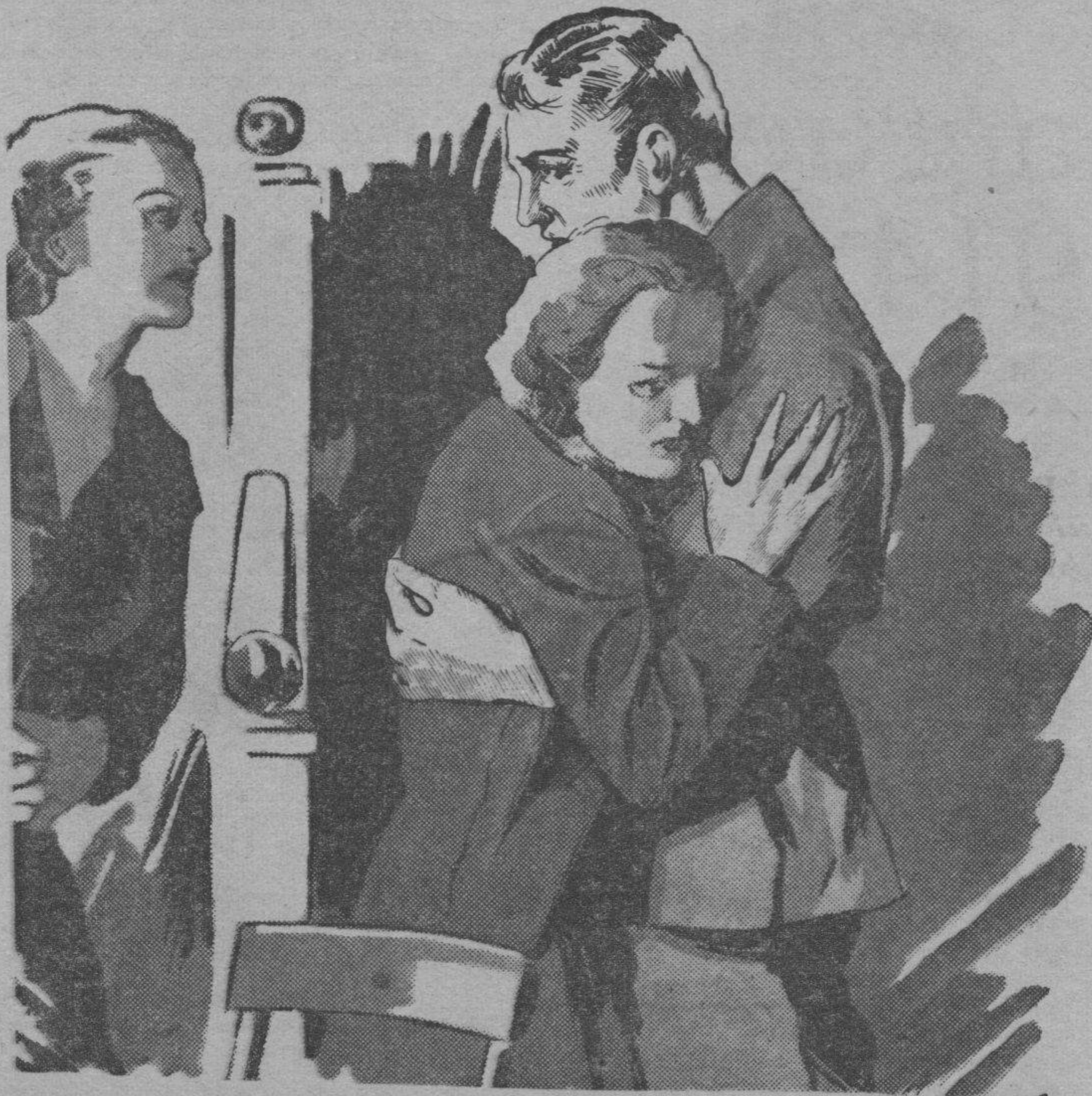
Estaba inclinado sobre sus papeles, pero no escribía. Ella le miró sin moverse. Le veía de espalda. Y aquella espalda estaba encorvada, como vencida. Entonces ella tuvo para su compañero un instante de ternura:

—Es necesario tener un poco de valor. ¡El pequeño ha sufrido tanto!... ¡No tenemos que dejarnos vencer por el dolor!

Ella estaba dispuesta a no dejarse vencer. Y ahora estaba sentada muy firme en su sillón, peinados en un gran moño sus abundantes cabellos grises, recta la espalda, fija la enérgica mirada, con un porte majestuoso, como de reina.

El marido calló un instante y luego suspiró, fingiendo nuevamente una concentración en su trabajo.

Después de la cena, llegó Ana, con su hijo Luis, de visita. Era viuda y había perdido otro hijo



en la guerra. Luis, a quien todos habían conocido como un muchacho tímido, se había vuelto extrañamente osado. Vuelto ileso de las trincheras, experimentaba una mezcla de remordimientos y de orgullo que le llevaba incesantemente a raras extravagancias. Su madre no le quitaba los ojos de encima. Llevaba con dignidad sus vestidos que ella misma había teñido de negro. Miraba a Luis, pero se veía claramente que pensaba en el otro hijo. Pensaba constantemente en el otro. Parecía no reconocer a Luis ninguna cualidad más que la de estar vivo. Al mirarlo, miraba a la vida, pero su corazón le hablaba de la muerte.

Los dos jóvenes no se habían visto durante toda la guerra, porque habían servido en armas y batallones distintos. Pero se reconocieron al primer golpe de vista.

La madre de René miraba a la madre del muerto. Sabía, exactamente, lo que aquella otra mujer pensaba. Lo sabía, como si lo hubiese leído en un libro abierto. Se sentía llena de piedad y de comprensión, pero mucho más fuerte que la piedad estallaba en el fondo de su corazón una inmensa alegría. René estaba allí. Estaba allí, y vivo.

Fué necesaria la presencia de aquella otra mujer de luto, para que ella se diese cuenta de su triunfo. Aprovechando un giro de la conversación, Ana pidió que le enseñasen unas viejas fotografías. Había algunas en las cuales estaba su hijo muerto. Quisieron ocultárselas, pero ella las reclamó. Las miró sin palidecer. No quería que le adivinasen su dolor. Era necesario no dejarse dominar por aquella horrible pena el mismo día en que había regresado René. Y ella sabría portarse bien mirando las fotografías de su hijo muerto, y continuar la conversación sonriendo.

Una lucha sorda se entabló entre las dos mujeres, porque la madre del muerto quería llevarse algunas de aquellas fotografías en las cuales estaba su hijo con René y que no era posible reproducir. Con una obstinación extraña, inhumana, la madre de René fingía no comprender. Asombrada, Marcela observaba a su madre, invadida de una profunda piedad por la madre del

muerto, aquel joven con quien ella había jugado y que en las fotografías aparecía siempre sonriente.

Quiso intervenir, pero su madre la inmovilizó con una mirada. Algo que vio en aquel rostro severo, casi cruel, la impidió insistir. Y después de un silencio largo, terrible, durante el cual cada una de las dos madres evitó mirar a la otra, la viuda renunció, ahogando las protestas de toda su sangre y poniendo una herioka máscara a su rostro.

Ana y su hijo Luis se retiraron, porque todos manifestáronse de acuerdo en que René necesitaba reposo. En efecto, el joven apenas si podía mantener abiertos los ojos. Y en cuanto se fué su amiga, la madre sintió una enorme ola de piedad, un impulso irresistible de entregárselas las tres fotografías, pero el mismo instinto que antes se lo había impedido la contuvo ahora. La despedida fué fría. Ninguna de las dos pronunció una sola palabra dura, pero algo irreparable se levantaba ya entre ellas.

René había subido ya a su habitación. La madre fué a llamar a su puerta y él le abrió semidesnudo. Ella vio el pecho cubierto de vello y sus salientes clavículas. Al partir, era todavía casi imberbe. Y para hacerse admirar, solía doblar los brazos, exclamando: —Mira, mamá, qué músculos de boxeador...— Ella los admiraba, los pellizcaba...

Todo aquello pasó fugazmente por su memoria. Y abrazando largamente a su hijo, exclamó:

—Que duermas bien, nene. Verás: el colchón es blando. Duerme todo lo que puedas. Te traeré el desayuno a la cama, mañana.

—No, no, mamá, eso no...—protestó él.

—Vamos, vamos; veo que no has cambiado nada. Sigues rehusándote a que te sirvan. No; no has cambiado absolutamente nada, querido... Con unos pocos días será suficiente...

Tarde ya, cuando todo dormía en la casa—hasta el padre había terminado por cerrar los ojos y adormilarse—, ella volvió a subir silenciosamente, en puntas de pies. —Voy a ver si el pe-

queño duerme bien—. Y aquel pensamiento la transportó a diez años atrás. René tenía trece años y ella subía para asegurarse de que estaba bien tapado y de que la luz había sido apagada. El sueño del niño era tan profundo siempre que ella podía encender la luz impunemente y contemplarlo a su antojo, sin que él se despertara.

Sí; la lámpara estaba apagada. René estaba bien cubierto con las mantas. Dormía. Se quedó mucho tiempo en pie, inmóvil, junto al lecho, escuchando la respiración. Era normal, profunda, pero no obstante, no se desprendía de ella seguridad alguna.

Se dirigió a la ventana abierta y corrió las cortinas. Un rayo de luna se coló en la habitación cubriendo al joven dormido. Y la madre se acercó nuevamente al lecho, sentándose

Antes, René dormía siempre con el rostro hacia arriba, como hacia una invisible alegría que flotase más allá de su cabeza, cerrada la boca. Ahora, la madre observó con dolor que su hijo tenía la boca abierta y los cerrados ojos terriblemente hundidos. Algo parecía arrastrarle hacia atrás, hundir su cuerpo en el colchón, sepultar sus ojos en el cráneo.

La madre había cruzado nuevamente las manos sobre sus rodillas. Pero mientras permanecía inmóvil, mirando en silencio a su hijo, en aquella confusa luz plateada de la luna, la silueta de su espalda parecía extrañamente agobiada.

Periódicamente, René se movía, como si experimentase algún sobresalto y hasta lanzaba, de cuando en cuando, pequeños gemidos, como un niño. Una vez, hasta llegó a murmurar algunas palabras.

La madre miraba al hombre tendido en el lecho, aquel hombre que había sido su «pequeño». Y, poco a poco, todo lo que había permanecido ahogado dentro de ella durante el día parecía surgir ahora, enorme, insistente, casi intolerable.

—Soy feliz... Soy profunda y maravillosamente feliz—se dijo, tratando de engañarse. Pero en el fondo de su conciencia, algo parecía revolverse, sollozante.

Por fin, agotada por la fatiga, sofocada por aquella inexplicable angustia, bajó de nuevo. Y aquella angustia le hizo buscar en su cerebro un alivio. Quería hacer una buena acción. Y de pronto, se acordó de Ana. Comprendió cuánto más tenía Ana de qué quejarse... Y decidió darle las fotografías que la viuda deseaba tanto.

Como la terrible nerviosidad no le permitía dormir, se fué otra vez a la sala. En el cajoncito del escritorio, entre muchas más, encontró dos fotografías que habían excitado la codicia de la otra madre. En todas ellas estaba el muerto, pero también René. René a los nueve años. René a los diecisiete años y medio... Lo miró ávidamente, como era entonces. Y, súbitamente, estalló en sollozos.

Se sentó y miró las fotografías una tras otra. Pasó el tiempo. Las demás fotografías quedaron olvidadas, como si en el mundo no hubiese más que aquellas tres o cuatro que ella seguía mirando con ojos empapados por las lágrimas. En una de ellas, René sonreía maliciosamente y parecía estar a punto de decir: —¡Mi vieja!...— En otra, estaba serio... En la tercera se le veía vestido de gala, para una fiesta... Aquellas fotos parecían ser una síntesis de la infancia de René, de su adolescencia, de todo aquello que la madre había perdido para no volver a encontrar más y de lo cual era necesario salvar hasta la más ínfima partícula. Aquel René era el que ella conocía tan bien, el que estaba muy adentro de su corazón. El otro, el hombre que ahora dormía allá arriba, con su pecho rudo lleno de vello y sus ojos hundidos, le era desconocido y, lo que era peor, estaba segura de que jamás llegaría a conocerlo.

De pronto, comprendió que lo que le había hecho ser, unas horas antes, tan cruel hacia la otra mujer, tan fría, tan despedida, era que ella también defendía, tenía que defender la imagen de un hijo muerto.

WINSTON CHURCHILL como en la guerra de 1914

EL ATAQUE DE LA ESCUADRA ALEMANA A SCARBOROUGH Y HARTLEPOOL Y EL FRACASO DE LA FLOTA INGLESA EN LOS DARDANELOS, LO OBLIGARON A DIMITIR EN 1915.—AHORA SE COLOCAN EN SUS MANOS LOS MAXIMOS RECURSOS CON QUE LA GRAN BRETAÑA PUEDE SALVAR LA CIVILIZACION Y EL IMPERIO BRITANICO.

DEBEMOS olvidar todas las diferencias y tratar de lograr, uniendo toda la fuerza y el espíritu de nuestro pueblo, la resurrección de una gran Inglaterra que pueda alzarse ante el mundo entero. Porque tal nación levantada hasta la altura de su antigua fuerza, puede, incluso en esta hora, salvar la civilización».

Con este párrafo cerraba Winston Churchill, nuevo Primer Lord del Almirantazgo Británico, su sensacional libro «Mientras Inglaterra dormía...», publicado en 1938. Si la Britania que pueda salvar la civilización—y el imperio británico—se despegó de su sueño en la medida necesaria para lograr el objetivo que le marcaba Winston Churchill, o si le ha llegado el ocaso por que pasaron otros grandes pueblos, es algo que sólo el tiempo nos podrá decir.

Por lo pronto, Inglaterra ha puesto en manos de Churchill—el individuo a quien se obligó a dimitir de manera humillante el mismo cargo que ahora ostenta durante la Gran Guerra—todos los recursos de la Armada británica, es decir, del arma con que la Gran Bretaña ha dominado al mundo a través de los siglos.

Si hace tres años cuando a fines de 1936 abdicó Eduardo VIII, se hubiera dicho en Inglaterra que el nieto del séquito duque de Marlborough se volvería a ver en tan elevada posición, nadie lo hubiera creído. Churchill, relegado por Baldwin al plano de consejero ocioso, parecía definitivamente descartado de la política inglesa a raíz de su pifia tratando de organizar el partido del rey en los graves días de la crisis. Pero Churchill tenía todavía una carta que jugar: su denuncia de Hitler y de los propósitos agresivos e imperialistas del nazismo. Churchill sabía que ningún inglés podría presenciar impertérrito la elevación de un poder continental que pusiera en peligro en el mundo el «statu quo» para ellos sagrado.

La segunda exaltación de Churchill al Almirantazgo parece indicar que se le cree preparado para la ardua tarea que se ha colocado sobre sus hombros. Y ello viene a reivindicarlo de la mancha que sus adversarios de todos los matices llevaron a su nombre. En la revista «Deux Mondes» de París, escribía en 1936: «Este incidente—el ataque de la flota alemana a los puertos de Scarborough y Hartlepool—llevó a Churchill al descrédito de todo el Reino Unido. Después, el fracaso de los Dardanelos, le descargó el golpe fatal. Se le obligó a dimitir su puesto en el ministerio, y poco después salía para el frente francés como simple soldado».

Los defensores de Churchill, sin embargo, pretenden que la derrota en la campaña de Gallipoli, bien planeada por el Primer Lord del Almirantazgo, no se le debió achacar a él, sino a los generales inhábiles que no supieron llevar sus planes a la práctica.

Winston Churchill, nacido en 1874, es hijo de Randolph Churchill, Chancellor of the Exchequer—ministro de Hacienda—en el Gobierno de Lord Sa-

isbury. Su madre fué Miss Jennie Jerome, hija de un diarista y banquero norteamericano. A eso, sin duda, obedece el hecho de que goce de tantas simpatías en los Estados Unidos.

Churchill, tras de cursar estudios en la Escuela Militar de Sandhurst, a la edad de 20 años fué destinado al cuarto Regimiento de Húsares. Al segundo mes de su sedentario servicio, una noche leyó que había estallado la rebelión de Cuba en 1895, y sin pensarlo dos veces pidió licencia y se fué a pelear al lado de los españoles. Después fué a la India, también como voluntario, y luego al Africa, a combatir contra los «dervishes», tomando parte en la batalla de Omdurman.

Al Sudán, siempre en uso de licencia, se fué por cuenta propia, iniciando entonces su carrera de periodista y escribiendo artículos para el «Morning Post». Y lo que escribió fué tan poco respetuoso para sus jefes, que Lord Kitchener lo hizo abandonar el Ejército.

A la guerra del Transvaal acudió también como corresponsal, con un lápiz en el bolsillo y una pistola en la cintura. Y a poco de llegar se vió mezclado en el conflicto y prisionero de los boers, los que en lugar de fusilarlo celebraron en su honor un partido de futbol. Pero como el cautiverio no estaba de acuerdo con la temperatura de su sangre hirviente, una noche se escapó aprovechando la distracción del centinela y sus propias facultades atléticas. Luego le escribió una carta al ministro de la Guerra del Transvaal, asegurándole que había lamentado no poder despedirse de él. La escapada lo hizo famoso en la Gran Bretaña, pero no popular. Se había permitido escribir en el «Morning Post» que la guerra contra el Transvaal era completamente injusta, que la causa británica era negada por la justicia y que los boers, eran, moralmente, superiores a los ingleses.

Churchill entró en el Parlamento como conservador, pero sus discursos eran tan contrarios a la doctrina del partido, que sus correligionarios determinaron abandonar sus escaños cada vez que Churchill se levantaba a hablar. Los liberales lo consideraron como un candidato magnífico para el partido y en 1906, al derrotar decisivamente a los conservadores, Churchill se convirtió en discípulo de Lloyd George, que lo llevó a distintos ministerios de su Gobierno.

La «Revue des Deux Mondes», de París, relataba del siguiente modo los hechos que iniciaron la campaña encaminada a sacar a Churchill del Almirantazgo:

«Dos días antes del ataque alemán a Scarborough y Hartlepool, Churchill conocía la fecha y la hora en que la división del almirante Capper saldría de su base, así como todos los planes del alto mando alemán. Todos sus informes los había hecho llegar al almirante Jollicoe. Con el fin de contraatacar, había enviado a la segunda división de buques de línea, a la primera división de cruceros y otros auxiliares hasta hacer una tercera parte de la flota inglesa, bajo el comando



Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo británico durante la primera fase de la Gran Guerra, ha sido ahora elevado al mismo cargo, al iniciarse la nueva contienda europea. Churchill aparece en la fotografía dirigiéndose a tomar posesión de su alto cargo.

de los almirantes Warrender y Beatty. Debían atacar al enemigo en cierto lugar y a cierta hora.

«Por medio de su servicio secreto, el alto mando alemán sabía que una considerable fuerza iba a cortar la retirada de la división de Gipper. De manera que toda la escuadra alemana abandonó la base de Heligoland con las luces apagadas y a las órdenes del almirante Ingenhol, su comandante en jefe. Iban determinados a combatir y destruir las fuerzas navales británicas.

«Las primeras noticias de la acción le llegaron a Churchill cuando se estaba bañando. Sin secarse se echó encima las ropas y corrió al «Council Hall», donde estaban llegando despachos cada dos o tres minutos de las ciudades bombardeadas y de la flota en alta mar. Los buques anunciaban que la niebla estaba descendiendo y que la visibilidad se hacía cada vez más difícil. Gipper se iba a escapar y los rostros de los almirantes reunidos con Churchill se ponían cada vez más graves.

«A la misma hora, al otro lado del mar del Norte, los almirantes alemanes se tiraban de los pelos. Von Tirpitz escribió más tarde: «El 16 de diciembre, Ingenohl tuvo en sus manos los destinos de Alemania. Cada vez que pienso en ello, me embarga la emoción...» Pero los pesares de Churchill fueron tan agudos como los de von Tirpitz e Ingenohl, porque el incidente provocó su caída».

ACTUALIDAD

En un campamento militar un soldado ve pasar a un colega en uniforme y le grita: «Amigo, deme un fósforo». Al acercarse se da cuenta de que es un General y le dice: «Perdóneme, señor, yo no sabía que era usted un General». «No importa — responde el General— la suerte tuya ha sido que no fuera yo un subteniente».—Stephen Leacock.

ESTADOS UNIDOS, listos para la GUERRA



Arriba: Roosevelt pronunciando su famoso discurso de la «cuarentena» contra los agresores en Chicago, hace dos años, que marcó su orientación diplomática de cooperación con Londres y París. El facsimilar es de la parte final de la proclamación de la neutralidad en esta guerra. El grupo es de los miembros del Comité de de recursos de la Guerra.

DOCOS presidentes de los Estados Unidos han tenido a su disposición tantos elementos eficaces y poderes para determinar la política exterior del país como Franklin D. Roosevelt. Actualmente, esta política se funda en tres objetivos principales: 1) mantener la neutralidad; 2) completar la preparación militar y naval; 3) ayudar a las democracias europeas «hasta más allá de las palabras pero sin llegar a participar en la guerra».

FACULTADES CASI DICTATORIALES

La Ley de Neutralidad de 1935 y las facultades acumuladas en el Ejecutivo durante los últimos 30 años, son suficientes para impedir que la nación sea arrastrada al conflicto actual. Entre otros poderes tiene autoridad para prohibir préstamos y embarques a las potencias beligerantes; para decidir lo que debe hacerse con los buques de dichos países que están en aguas jurisdiccionales; para impedir la participación directa o indirecta de cualquier ciudadano en la contienda. El estatuto permanente de la neutralidad de 1937 fué más lejos: obliga al Presidente a establecer el embargo del tráfico con los beligerantes en municiones y materiales de guerra; ordena que las transacciones de otros materiales sean al contado; prohíbe los préstamos a los contendientes y ordena que ningún buque mercante de la nación lleve armas de defensa.

Posee, además, la autoridad delegada en el Presidente Wilson hace más de 20 años por medio de estatutos de emergencia que aún están en vigor, y que, de acuerdo con un alto oficial del Ministerio de Justicia, le permiten hacer lo que desee «en caso de guerra», ante la «inminencia de la guerra» o «en caso de que exista una emergencia nacional». Este estado de emergencia parcial ha sido proclamado por Roosevelt la semana pasada, sin esperar a que el Congreso se reúna.

«CUARENTENA» Y DESAFIO DEL FASCISMO

En el discurso radiodifundido desde Casa Blanca el 3 de septiembre en curso, Roosevelt dijo, entre otras cosas: «Cuando la paz es destruida en cualquier parte, está en peligro la paz de todos los países en todas partes... sin distinción de matices religiosos, la mayoría de nosotros cree en el espíritu del Nuevo Testamento, cuyas grandes enseñanzas se oponen al uso de la fuerza, de la fuerza armada, de los ejércitos en marcha y las explosiones de bombas... la nación permanecerá neutral, pero no puedo pedir que cada americano se conserve neutral en el pensamiento, pues ni a un neutral puede pedírsele que cierre su mente o su conciencia... mientras ello esté en mis manos, no habrá eclipse de la paz en los Estados Unidos...»

Aunque el ideal de la nación sea la neutralidad estricta, las simpatías casi unánimes del pueblo americano están con Francia e Inglaterra. Roosevelt, como Wilson, dice el que fué gran amigo y consejero íntimo del Presidente, Raymond Moley, no es un oportunista de la moralidad, sino un hombre que cree en las cruzadas a favor de las leyes y los principios internacionales. En 1920 era partidario de la Liga de las Naciones; recién llegado al poder en 1933 sostuvo la política de Hoover y Stimson en Manchuria contra las imposiciones japonesas y nombró Ministro de Estado a Cordell Hull, apóstol del cumplimiento de los tratados.

Entre 1935 y 1938 hizo que este Ministro le pidiera al Congreso en tres ocasiones distintas autoridad para favorecer a ciertas naciones beligerantes a base de un juicio moral sobre la justicia de su causa. Entre octubre y noviembre de 1935 se extralimitó en sus poderes y empezó a obstaculizar el embarque de materias primas para Italia. En algunos de los convenios de reciprocidad comercial incluyó una cláusula de embargo contra materiales de guerra estableciendo así, según señaló el profesor Edwin Borchard, un sistema de sanciones que no está prescrito en la Ley de Neutralidad. En 1937

no quiso invocar a ley basándose en que ello perjudicaría a China y favorecería al Japón. En octubre 5 de 1937 hizo en Chicago su famoso discurso de la «cuarentena contra los agresores», que cayó como una bomba en el mundo entero.

De entonces acá, Roosevelt no ha perdido oportunidad de ponerse al lado de Inglaterra y Francia. A través de las crisis de Austria y de Munich, a pesar de las incongruencias que existen entre los fines de la política inglesa y el principio abstracto de la democracia, hasta el rompimiento actual, como lo indica claramente el discurso de septiembre 3 su ideología ha sido una de desafío al fascismo internacional y a las agresiones del eje Berlín-Roma-Tokio, hoy Berlín-Roma-Moscú.

ROOSEVELT, JEFE DEL ALTO COMANDO MILITAR

Mientras elaboraba con esta serie de actos y discursos su plan de colaboración moral y material con las democracias, sin arriesgarse a la guerra, y siempre cuidando de mencionar el ideal de neutralidad, no olvida Roosevelt sus obligaciones como vigilante del hemisferio y como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la nación. Su memorable proclamación de la defensa continental hizo vibrar a las repúblicas del Nuevo Mundo. Notificaba con esto a las dictaduras que América se preparaba para combatir las y desde entonces se puede decir que creó en nuestro hemisferio un movimiento militante, bajo auspicios favorables, a favor de la ideología democrática que en Europa representan Inglaterra y Francia.

La creación en recientes meses de la Junta Nacional de la Guerra, respaldada por 10.000 manufactureros, es sólo uno de los pasos decisivos para coordinar al vida industria y financiera de la nación con las actividades militares que en los últimos años venía llevando a cabo Roosevelt con miras a la posibilidad de que Estados Unidos quedara envuelto en un conflicto. En esta Junta figuran, además de los más altos funcionarios navales y militares, el economista Harold Moulton de la Institución Brookings, Edward Stettinius, presidente del trust del acero, John Lee Pratt, de la General Motors, y el doctor Karl Compton, Premio Nobel y as de la ciencia americana.

La Revista del Ejército y la Armada dice en su edición de septiembre 9 que las conferencias celebradas en las últimas semanas con estas personalidades en la Casa Blanca no tenían por fin exclusivo cambiar impresiones sobre la situación. «Es obvio—señala—que constituyen algo más que eso. Lo que el Presidente está haciendo es desarrollando algo que nunca ha tenido la nación, algo esencial para la protección de los intereses americanos en estos momentos críticos y que permitiría realizar la guerra con éxito si entramos en ella. Es el Alto Comando... un gobierno de defensa nacional en el más amplio sentido de la palabra».

De acuerdo con dicho autorizado órgano, la autoridad suprema recae actualmente en las siguientes personas: el Presidente, que hace las decisiones finales; el Ministro de Estado Cordell Hull; el Ministro de la Guerra, Woodring; el General George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército; y el Almirante Harold R. Stark, jefe de Operaciones Navales.

MOVILIZA LA INDUSTRIA Y LA AGRICULTURA

En los archivos secretos del gobierno en Washington se informa hay dos planes para cada agencia federal: uno que se seguirá en caso de guerra; otro para el período de paz armada por que atraviesa hoy la república. En el período de la paz, vigoriza las simpatías del pueblo con el frente democrático europeo el hecho de que, proveyéndoles a ellos los materiales que necesitan no sólo se les ayuda a la victoria sino que se fomenta en Estados Unidos una ola de prosperidad económica y de resurgimiento industrial. Durante la guerra de 1914 las exportaciones norteamericanas aumentaron de 2.365 millones de dólares en dicho año a \$6.290 millones en 1917. En esos tres años nada más el comercio con las naciones Aliadas subió en las ex-

portaciones de \$929 millones a \$4.046 millones, aumentando a medida que pasaba el tiempo la proporción de productos fabriles, que llegó a ser del 66 por ciento.

En el mundo económico, el gobierno de Washington está facultado para impedir crisis bursátiles mediante la Comisión de Valores, la Administración del Canje de Mercaderías, el Banco de la Reserva Federal y el Fondo de Estabilización del Canje Extranjero. Los tenedores extranjeros sólo tienen 4.000 millones de dólares en valores en Estados Unidos y la liquidación de esta suma no afectaría profundamente las finanzas nacionales. Por otro lado, al movilizarse los 15.000 millones de dólares que Inglaterra tiene invertidos en el exterior, el gobierno de Londres y el de Washington continuarán colaborando como hasta la fecha bajo el acuerdo tripartita de 1936, que permite mantener la posición de las divisas caso de emergencia.

La producción y distribución de productos agrícolas en la actualidad será realizada de acuerdo con los planes preparados por una Junta Consultiva recientemente nombrada por el Ministro Wallace, a solicitud del Presidente. Al anunciar la formación de este grupo, Wallace dijo que la situación requería que los nuevos problemas creados se solucionaran «sin recurrir a los métodos de las dictaduras».

4 MILLONES DE SOLDADOS Y 90.000 AVIONES

El programa de acción está muy adelantado. Hace poco, el 8 de septiembre, el ejecutivo ordenó un aumento de 100.000 hombres en las fuerzas navales y del ejército y de 150 agentes en la Secretaría para combatir el espionaje. Estas medidas, desde luego, estaban previstas en las facultades que el Congreso le ha otorgado para tiempos de paz, que ordenan mantener las fuerzas en escalones de 280 mil hombres en el ejército, 191.000 en la armada, 38.000 en la infantería de marina, y 428.000 en la Guardia Nacional. La última orden reorganiza la rama ejecutiva del gobierno en Casa Blanca y declara que se necesitan medidas de emergencia con motivo de la presente crisis.

Si la nación entra en la guerra, todo estará perfectamente ordenado. El Ministerio de la Guerra tiene preparadas las órdenes de alistamiento y gracias a los archivos de la Junta de Seguridad Social sabe donde está cada soldado y cada obrero. El Ministerio de Hacienda ha completado todos los arreglos financieros y los planes para la flotación de empréstitos de la Libertad similares a los de la última guerra mundial. La primera orden oficial ya cursada decreta que en el Ejército no se admiten hombres casados o con dependientes.

Al convocar al Congreso próximamente, se espera que Roosevelt solicite la enmienda de la Ley de Neutralidad en el sentido de que la cláusula del embargo no sea obligatoria. Así podrá ejercer su discreción sobre la ayuda que debe prestarse a los aliados. Se dice también que pedirá una asignación adicional de 1.000 millones de dólares para el ejército, que se dedicarían a lo siguiente: 317 millones para artillería; 300 millones para provisiones y el resto para construir hasta 5.500 aviones, de los cuales ya hay unos 2.000 terminados. Los trabajos de defensa en Puerto Rico, Hawaii, Alaska y el Canal de Panamá reciben asimismo preferente atención. En Panamá serán destacados este año 300 aviones y 21.032 soldados y oficiales.

El plan de movilización de Estados Unidos pondría en pie de guerra al romperse las hostilidades un escalón «protectivo» de 379.000 soldados y 21.000 oficiales. Al finalizar el primer mes, constaría de cuerpos de ejército con 22 divisiones de infantería y otras unidades. En la segunda etapa de movilización que seguiría inmediatamente, este ejército constaría de 1.000.000 de hombres y 67.000 oficiales. Completada la movilización habría más de cuatro millones de hombres sobre las armas y la industria nacional estaría produciendo 90.000 aviones mensuales, además de todo el material rodante y mecanizado que necesitara tan poderoso ejército, la máquina de guerra más formidable que pueda concebirse.

Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

Dentol

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

MUY BREVES

LA X, UNA LETRA SIMBOLICA

La X es en nuestro alfabeto una letra simbólica por excelencia. Su significado es vario, según las circunstancias en que se la emplea. Veamos lo que representa en distintos casos:

En números romanos, la letra X significa diez. Los alfabetos se sirven de ella como signico convencional para firmar. Cuando queremos representar un cantidad no definida, trazamos una X. En una fotografía o grabado cualquiera, la X nos llama la atención sobre una persona u objeto determinados, cuya visualidad quiere destacarse. Y por último, en una carta de amor, la letra en cuestión es símbolo gráfico de algo muy valioso para el feliz mortal que recibe la grata misiva: es un beso... Todo un poema de amor en la sencillez de dos líneas.

NO HAY MUJERES DE CUARENTA AÑOS

Una estrella teatral que cosechó recientemente ruidosos éxitos en los escenarios norteamericanos, ha puesto en práctica la idea de fundar en Nueva York un club femenino con el título de «La vida empieza a los cuarenta años».

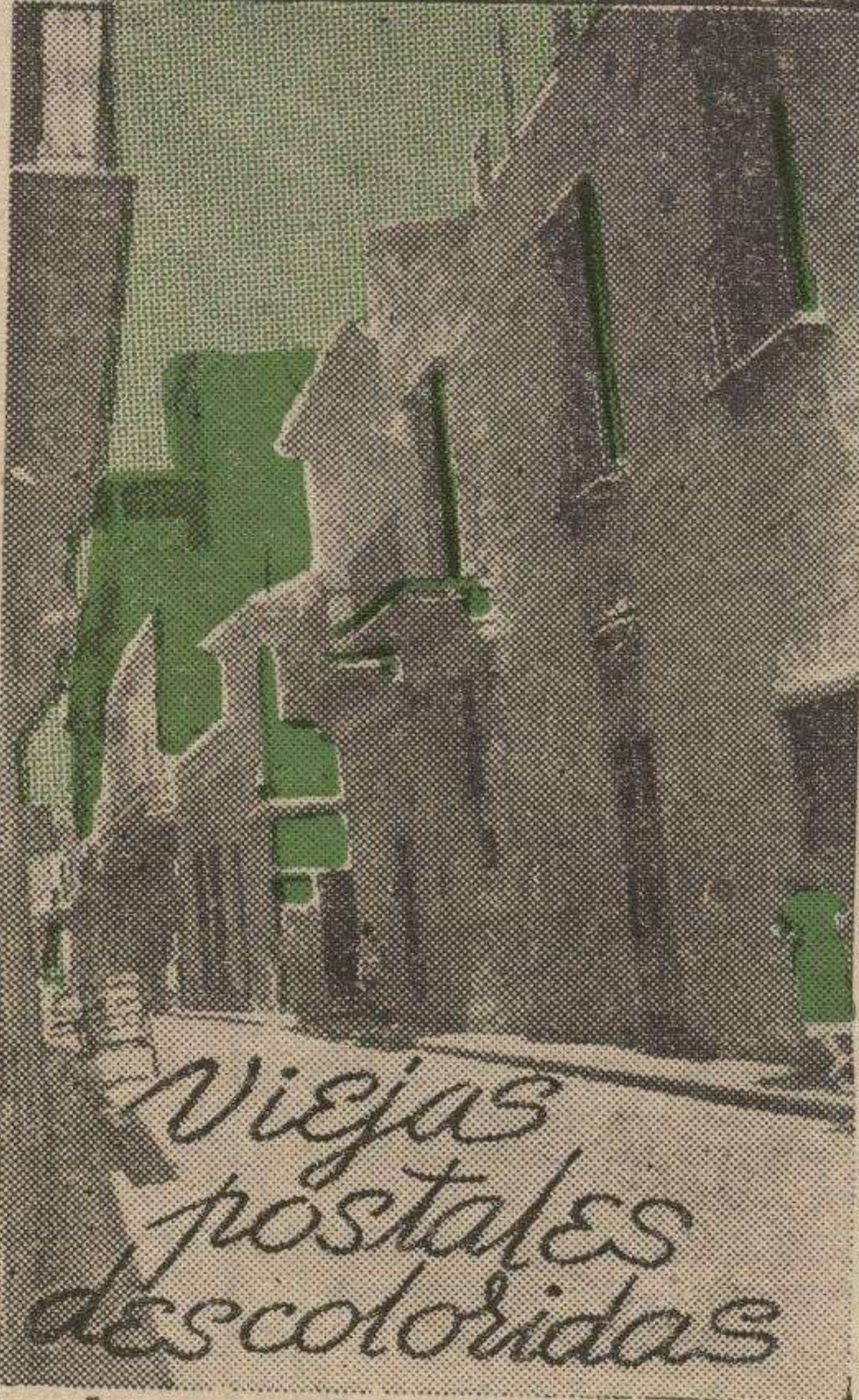
Los estatutos del club en cuestión estipulan que no se admitirán en su seno a personas que no hayan cumplido la edad mencionada. Propónese, según parece, la fundadora, demostrar que sólo a los cuarenta años una mujer es capaz de hacer verdaderamente feliz a un hombre. Pero ha fracasado. El club no consigue socias.

Y la razón es sencilla. A excepción de la presidenta, ninguna mujer encuentra motivo de halago en la confesión voluntaria de su edad. Sobre todo, cuando, como en el caso comentado, ha de pasar de los cuarenta años... Porque esa es una edad a la que la mujer no se resigna en llegar, así como así...

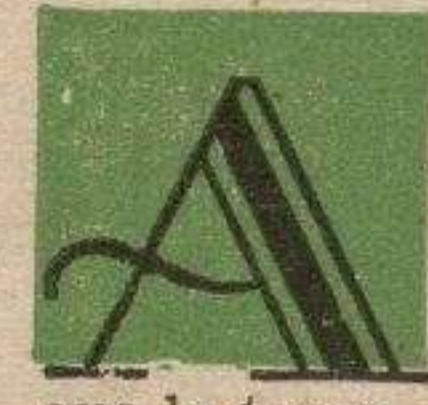


Esquinas y Rincones

por Federico Villoch



Niejas
postales
descoloridas



MENUDO, deambulando sin dirección ni propósito fijo por nuestra querida Habana, ya a pie, ya en tranvía, ya en máquina propia, el que la tenga, ya en uno de esos panzudos y destartados Omnibus Aliados—aliados a los mismísimos demonios—que zarandean al indefenso pasajero como un lío de ropa sucia, cruzamos rápidos ante infinitas «esquinas y rincones» que despiertan en nuestra memoria un mundo de alentadores recuerdos y cuyas transformaciones, a veces radicales, no logran, sin embargo, borrar del todo la vieja postal descolorida, que de ellas y de ellos, conservamos todos en nuestra mente. He ahí, o mejor dicho, he ya en lo pretérito, esa «esquina de Chacón y Cuba», donde estuvo la antigua Maestranza de artillería del gobierno de la colonia; y donde en la actualidad se levanta una flamante Estación de Policía; ella nos recuerda las tardes en que íbamos a la Biblioteca Nacional, allí instalada en varios de sus departamentos, en busca de datos y orientaciones para más de uno de nuestros trabajos pseudo-históricos. En la amplia azotea del

Un café, el de «La Gran Vía», y el antiguo Colegio de San Rafael en Compostela.

propio edificio, desde la que se dominaba una espléndida vista del puerto de la Habana y de las lejanas cumbres de «Guanabacoa la bella», existían en tiempos de la colonia varios pabellones ocupados por jefes y oficiales del Ejército, en uno de los cuales vivía el culto periodista militar, director del «Diario del Ejército», don Severo Gómez Núñez, amigo fraternal de todos los de la clase, al que con frecuencia visitábamos, y cuyas afectuosas cartas de presentación de tanto nos valieron cuando rendimos nuestra primera visita a los Madriles.

Sabíamos que Gómez Núñez ocupaba, después de su retirada de Cuba, un puesto de importancia en el Ministerio de la Guerra, en Madrid. ¿Lo conservará aun, y con él, la vida, después de la horrible tormenta que acaba de azotar España? Maestros y emp'eados también recordarán el caserón de la Maestranza, de cuando en él se albergaba la Secretaría de Instrucción Pública; y decimos «albergaba», porque nunca tuvo hogar propio; y aun al presente vive de prestado, en el edificio que fué de nuestra primera Cámara de Representantes; la que conjuntamente con el Senado—y gracias a Carlos Miguel de Céspedes—tiene hoy un palacio propio que «le zumba», en la Mole del Capitolio Nacional.

Y ahora ¿esta es la esquina de Toyo? Esta es la esquina de Toyo, sólo que en lugar de aquel destartado caserón de madera pintado de azul, a estilo de vieja posada de camino, del tiempo de Velázquez—el «Bodegón de Toyo»—se yergue hoy una magnífica fabricación de cantería y ladrillos, del estilo más moderno. Al caserón de Velázquez venían los arrieros y vaqueros de los alrededores, guardando sus vacas y sus arrias bajo el amplio portal con piso de tierra muerta, en el que se oía un sonar constante de cencerros, rebuznos y trallazos. Arriba se alquilaban camas—catres—a cuarenta centavos la noche; y en la entrada de la hambleante y tosca escalera de tablonos que conducía al alto, se leía en un cartón, pintado a mano, el anuncio de un doctor González, dentista, que mediante un peso—y una llave inglesa—le extraía las muelas a los dolientes campesinos que tenían sus negocios en la calzada próxima. La bodega de Toyo hervía de trajinantes. La esquina de Toyo era como la ansiada Meca de los guajiros que venían con sus carromatos, sus arrias de carbón y sus serones abarrotados de viandas, lechones y aves, de San Miguel del Padrón, de Arroyo Naranjo, del Cano, de la Víbora, de Luyanó, de los Cuatro Caminos, del Cotorro, de Santa María, y todos los pueblos y

caseríos que entonces se levantaban en los alrededores, sin otra vía de comunicación que las arrias de aquellos campesinos. Así ganaron fortuna, una tras otras, los dueños de la esquina de Toyo, de los que se recuerdan, de los más antiguos, a Vicentiano Cueto, y de los últimos, de ayer, a Sánchez y Herrant y bar con todas las de la ley, don Antonio Prats, el guajiro.

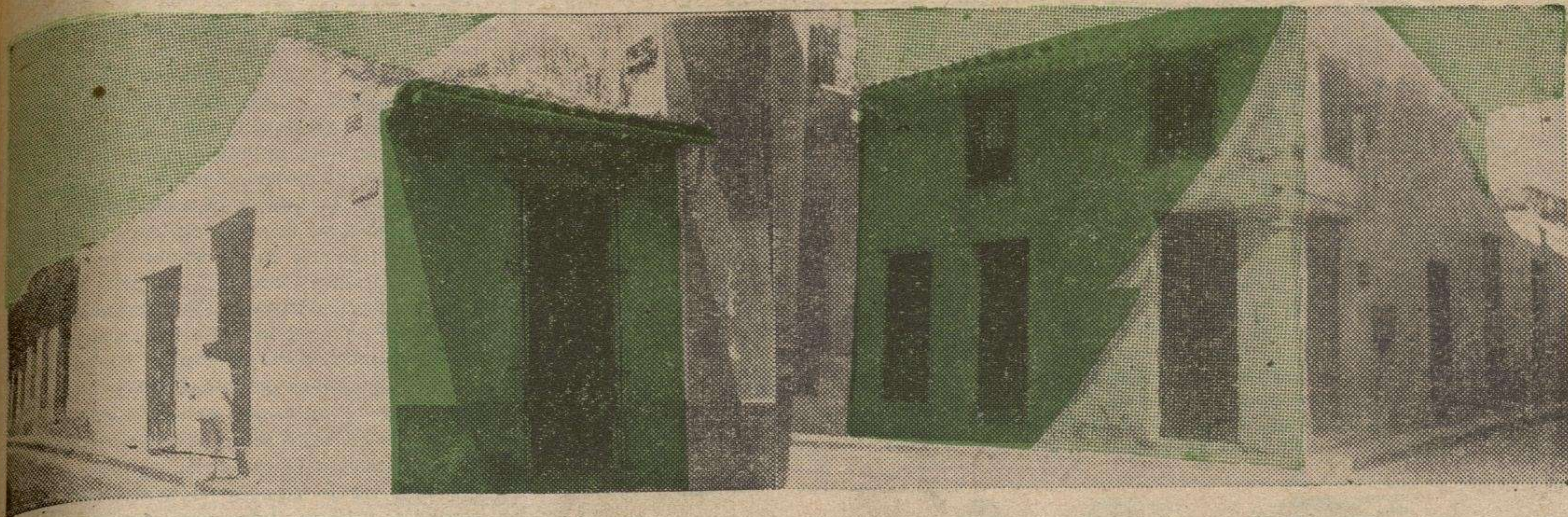
En la acera de enfrente, por la Calzada de Jesús del Monte, se hallaban, y se hallan aún, la popular «Panadería de Toyo», fundada el año 1832, y propiedad, según su rótulo, de don Ramón de Camacho—lo que daba lugar a bromas—; y el célebre «Bodegón de Toyo», junto al que el dinámico e incansable Carlos Miguel de Céspedes abrió hacia el año 1928 la calle de San Leonardo que le dió tanta amplitud y desahogo a aquellos sitios. Todas las viejas casas de madera que se levantaban en la Esquina de Toyo han desaparecido al presente, transformándose en lo absoluto.

El antiguo tendejón de madera, con su techo gacho cubierto de mohosas tejas españolas, sus tabiques con más rendijas y aspilleras que tablas, y sus canalones para las aguas pluviales que caían como duchas sobre los indefensos transeúntes, esquina en una de las principales vías de la ciudad, estaba pidiendo a voces un simulacro de incendio que lo quitase del sitio. Detrás del «Bodegón de Toyo» tenía el negro Antonio Sabá, tan conocido entonces en la Víbora, su picadero y cuadra de caballos, donde adiestraba y preparaba un buen número de ellos para vendérselos a los entusiastas de la equitación, tan abundantes en aquella fecha, como escasos al presente. Sabá salía todas las tardes en algunos de sus potros para arrendarlos, en pintoresco «guatrapeo» criollo, desde el Bodegón, hasta más allá de la Víbora, despertando el deseo de su clientela, que la contaba, y bien crecida, en la barriada de Jesús del Monte y demás pueblos vecinos. En este negocio llegó a reunir Antonio Sabá un capitalito de importancia, con el que de seguro habrá sobrellevado su vejez y la decadencia del negocio: hoy los caballos los llevan los automóviles debajo del capó.

Paseando tardes atrás con un amigo en su máquina, éste nos dejó en ella unos momentos, en el Parque de San Juan de Dios, para que le esperásemos mientras él hacía a pie unas diligencias por aquellos alrededores, lo que nos ofreció la oportunidad de contemplar las modernas fabricaciones que rodean el abandonado parquecito, y recordar las antiguas que, habrá una buena ristra de años, allí se levantaban, sobretodo en la acera de la derecha, mirando para la calle de Aguiar, y paralelas a la casa que era del doctor Julio de Cárdenas, en la calle de la Habana. Allí por los años 84, 85, etc., existía en aquella acera una media docena de casitas de mampostería, de sencilla y antigua construcción y techos de tejas, que casi se tocaban con las manos, en una de las cuales, en la del centro, vivía un joven, incipiente dentista, amigo y comprovinciano del postalista. Frecuentemente celebrábamos allí alegres veladas de bohemia; hasta que una noche, enseñándonos en el interior de uno de esos moldes de barro que se emplean para hacer las dentaduras, una buena cantidad de centenes alfonsinos que había reunido con sus primeros trabajos, nos dijo, animoso:

—Con esto me embarco mañana para Nueva York; allí me hago de mi título, y ya veremos...

Algunos años después, los precisos para desenvolverse en su carrera un joven activo e inteligente, en el balcón de un elegante primer piso de la Avenida de la Opera, de París, se leía, en un gran letrero dorado sobre fondo negro, este anuncio: DR. OSCAR AMOEDO, DENTISTA AMERICANO, y no daba abasto el humilde jovencito de la Plaza de San Juan de Dios para atender a su numerosa clientela, de lo más rico y distinguido de las colonias hispanoamericanas, y aun de la más escogida aristocracia parisién. Oscar Amoedo se casó en París, instituyó una familia honorable, levantó una fortuna, obtuvo premios de importancia en varios concursos odontológicos internacionales y fué uno de



Una casa en la calle de Peña Pobre, y otra de la calle de Empedrado.

Los miembros más distinguidos de la colonia cubana de aquella ciudad, aquel jovencito sin más recursos que sus esfuerzos propios, inquilino de aquella casita gacha, resto de la Habana antigua, en el Parque de San Juan de Dios...

Y continúan las esquinas: esta de Compostela y Tejadillo, viejo caserón de la más pura época colonial, donde hace más de medio siglo—1881—estuvo instalado el colegio de primera y segunda enseñanza SAN RAFAEL, que dirigía don Vicente Alarino y Millet. Más adelante adquirieron el colegio el doctor José de Poo y su yerno Aristides Vasseur, padre de nuestro compañero de aulas Carlos, hoy distinguido miembro de la carrera diplomática. A Poo Silva—después una de las víctimas de la catástrofe de Isasi, el diez y siete de mayo—y al futuro postalista, que eran compañeros de estudios y vecinos en la calle del Aguila, se les antojaba ya que aquella casa era la de Hernando de Soto, el osado conquistador que dejó la Habana para explorar la Florida, y no volvió más nunca: tal semejanza le encontrábamos a aquel caserón de ennegrecida cantería, con el Castillo de la Fuerza, y sobre todo, con la torrecilla desde la que, días tras días, inútilmente, esperó doña Isabel de Bobadilla la vuelta de su esposo—con los ojos comidos, de mirar para la mar, como dice la leyenda—. Recordamos los profesores del colegio: Sixto Vasconcelos; Jiménez, de la clase de Comercio; Guerrero que nos explicaba Agricultura; y Febles, aquel canario grande y fornido como sus antepasados los guanches, encargado de la clase de Geografía. No nos explicamos que tal esquina, de tal importancia, al encontrárnosla hoy en nuestro paseo, aun continúe en el mismo estado de hace más de medio siglo: ahora más que nunca nos parece que el viejo caserón sigue esperando a Hernando de Soto, en forma de un comprador valiente que cargue con él, y con los pleitos y papeles que debe tener encima, liados y enredados y repletos de fieras curiales, como una serpa india de boas constrictores y de sanguinarios jaguares...

Otra esquina histórica para la sinsontería criolla que allá por los años del 89, 90, 91, etc., empezaba a lanzar sus primeros cantos líricos desde la pajarera de «El Fígaro», esa de Cuba y Amargura, donde se hallaba la imprenta de «El Avisador Comercial», que tiraba el semanario de Pichardo, Catalá y el administrador Fernando Díaz. De aquellos redactores de plantilla sólo quedan Catalá y el postalista; el periódico comercial y la revista literaria han desaparecido; y de la imprenta, cuyo regente Luciano sostenía las grandes broncas con Pichardo con motivo del emplanamiento del semanario, ni los polvos. Hoy existe en aquella esquina un café restaurant: el estómago venció una vez a la cabeza. Entramos en el café y nos dirigimos a hacerle ciertas preguntas al que nos parece dueño o principal empleado de la casa; pero, en este que se pudiera llamar el «paseo de los recuerdos», el pregutón va siempre como desorientado; y entra en esos sitios que le interesan con la inse-

guridad del que camina a oscuras, creyéndose un pedigüño o un inspector del Municipio o el Estado y despertando la hostilidad de todo el mundo.

—Le agradecería que usted—le decimos—nos ilustrara acerca de...

—Yo no sé nada—nos interrumpe en el acto, aquel señor.

—Pero ¿no habrá por aquí alguno que...?

—Aquí nadie sabe nada.

—Pero ¿no es aquí donde estuvo?...

—No, aquí no es.

Aquel señor, por lo corriente, de treinta o cuarenta años de edad, no concibe que pueda haber detrás de él una buena cantidad de tiempo que le interese a nadie; son de esas gentes para quienes el mundo ha nacido con ellos.

Un lector amigo, S. D. Coignie, nos escribe instándonos a que digamos algo acerca del tiempo viejo de los barrios de Colón, Monserrate, Prado, etc. ¡Bien que los conocimos, y los vivimos! El barrio de Colón siempre fué un barrio alegre y simpático. Las modernas fabricaciones de cuatro y cinco pisos que en él se han levantado, echaron abajo aquellas casas criollas de una sola planta, en cuyas ventanas la juventud solía pelar la pava con la dama de sus pensamientos—«Los navíos de ventana», de Luis V. Betancourt—y en cuyas salas se daban aquellos alegres pasaltos de familia—«El Baile por Fuera», de Ignacio Sarachaga—de cuya vista, por lo menos, podía disfrutar todo el mundo. Diríase que en Cuba ha desaparecido nuestra antigua sencillez y familiaridad; y que todo se nos ha «subido» a la cabeza. En el solar la «California», situado en Crespo y Colón, se organizaban muy buenas comparsas de Carnaval en tiempos de la colonia; y al costado de la antigua fundición de Lamden, hoy Planta Eléctrica, situada entre Colón, Blanco y Aguila, se veía muchas noches a un «conocido abogado» platicando sigilosamente con alguna emperatriz del fogón, cuya piel, del color de la del moro de Venecia, tanto le seducía. En la calle de Bernal de aquel barrio, llamada entonces el «Callejón de los Perros», habitaban algunas artistas verónicas de las de humilde clase; y tenía su célebre Escuelita de Baile la morena Pastora Acosta, que recordarán no pocos viejos comerciantes de «allá abajo», que aprendieron a bailar el danzón con ella.

Gentes y tipos de aquellas barriadas ¡cuántos! Recordamos un tipo popular, nombrado José Bago González, al que cariñosamente se le llamaba «Bagoito», un anciano encorvado, muy bohemio, que casi siempre dormía sentado en una silla del café «El Ariete», después de ambular por el Prado; y que servía de testigo en las distintas notarías de la Habana, donde por unas pesetas juraba conocer a todo el que se las pagara. Entre los tipos que bullían en la bodega de Santa Bárbara, situada en Consulado y San José, al fondo del cuartelillo de bomberos del Comercio y del teatro de Tacón, y famosa por sus excelentes «martínez campos», de moda entonces, se veía a menudo a un inspirado

poeta de aquellos tiempos, impenitente bohemio cuya firma se apreciaba en los periódicos literarios de la época; y en el café «Los Tres Hermanos», de Mateo Alvarez del Garnier, como en broma le llamaban Ricardo Arnautó, en «El Reconcentrado», se veía todas las noches reunido con Hermida, después de recorrer los teatros, al escritor y periodista Eulogio Horta, verdadero bohemio del grupo de los de Murger.

Horta se presentó por primera vez en la Habana, oriundo de Cienfuegos, en el gran teatro de Tacón, anunciándose en grandes retratos por las esquinas, como el «Caballero Horta», prestidigitador de fama, y dió algunas funciones con escaso éxito. Años después fuimos vecinos de Horta en la casa de familia de Doña Elisa Hernando, en Nueva York, calle 14, 313 W, donde también conocimos a Alfredo Quilez, hoy prestigioso director de «Carteles», a Portuondo y a otros jóvenes cubanos meritísimos. Allí Horta tomó parte una noche en una fiesta que se le dió a Doña Elisa con motivo de su onomástico, y realizó varios juegos de prestidigitación con tal acierto, que nos dejó verdaderamente asombrados; en «petit comité», como se dice, pueden pasar muchas cosas que, en grande, fracasan; y de ahí la caída de los que engañados por un éxito de «amigos políticos» fracasan después ruidosamente al erigirse en jefes o directores del Estado. Eulogio Horta sucumbió al cabo, víctima de la droga, en una clínica de esta ciudad; en el fondo era un escritor bastante mediano; una especie de cronista boulevardier, sin boulevard.

Un suceso histórico y de alta comicidad que ocurrió allá por el año de 1889 en este barrio de Colón, y del que creemos se acordarán muchos descoloridos de aquel entonces, siendo teatro de él una casa de vecindad que había por aquella fecha en la calle de Virtudes, al lado de la esquina de Industria, marcada hoy con el número 153, donde acostumbraban a vivir varios artistas de los teatros Cervantes, Torrecillas y Albusu, entre ellos uno de apellido Angulo, que al estrenarse en Cervantes la famosa revista «La Gran Vía» había desempeñado en ella el papel del Paseante en Corte. Angulo era un alcoholista profesional, y un día sintiéndose indispuerto, tomó un purgante; pero una o dos horas después se olvidó de ello e ingirió una copa de ginebra, y dicho se está que el hombre reventó. A su velorio acudieron, como era de esperar, varios de sus compañeros del teatro, entre ellos, un tal Trapiello y Jesús Pérez, esposo de la popular característica Inés Velasco, llamada después La Vieja de Alhambra, y ambos colegas báquicos de Angulo; los que como es de suponer se habían metido en el saco de buena ley, para asistir al velorio del compañero y amigo.

Una hora antes de verificarse el entierro—ya con el carro fúnebre a la puerta de la casa mortuoria— a Trapiello y a Jesús Pérez, que ya puede suponerse cómo se encontraban después de una noche de libaciones constantes, se les metió en la cabeza

SEA ROBUSTO !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomarvinode




Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS

que el cadáver de Angulo trasudaba ligeramente y que por lo tanto, tenía vida, y que debía suspenderse el entierro, sugestionando de tal modo a la viuda del muerto con sus alegaciones, que ésta se opuso tenazmente a la salida del cadáver. De imaginar es el alboroto que se armó en el barrio de Colón.

—¡El muerto vivo de Virtudes! —vociferaban unos.

—¡La resurrección de Angulo el cómico!—gritaban otros.

Y la Habana entera desfilando por aquella casa de la calle de Virtudes; y las autoridades interviniendo; y la suspensión inmediata del entierro, hasta ver lo que en definitiva determinaba el difunto, quien no se dió por aludido, desde luego, y fué conducido a la mañana siguiente al cementerio, entre los consiguientes comentarios. Excusado es decir que «Ibrilio», el bate callejero de aquel entonces, compuso unas décimas, que vendió como agua, tituladas: «El muerto resucitado de la calle de Virtudes».

Y dejando reposar al infeliz Angulo en su modesto sepulcro, continuamos de nuevo con las esquinas y los rincones de aquella Habana ochocentista.

Otra esquina, la de Galiano y San Rafael, en la que se levantaba por aquel tiempo el modesto café «La Isla», con cuatro mesas y una escalera de caracol que comunicaba con el entresuelo, en el que uno de los tíos de Pancho soñaba para su sobrino le más grande y suntuoso café de la Habana. En la esquina yuxtapuesta, también empezaba entonces la modesta tiendecita «El Encanto», con sólo dos puertas por San Rafael, pero que se fué ensanchando hasta echar abajo la casa de la esquina de Galiano, donde vivió mucho tiempo el erudito y muy estimado doctor José Ramón Betancourt; después, por Galiano, invadió la casa del doctor Raimundo Cabrera; y así hasta la esquina de San Miguel. Al igual del Cid, puede decir «El Encanto» que:

se va ensanchando Castilla
delante de su caballo.

Inolvidable también la esquina de Lealtad y Zanja, frente a la Estación de Policía, levantada en los terrenos en que estuvo largos años el antiguo «Cuartel de Dragones». En esa esquina hallábase instalada la prestigiosa sociedad de la raza de color

«La Bella Unión Habanera», cuyas veladas literarias prestigiaban a menudo con su elocuente verbo los oradores Miguel Figueroa y Juan Gualberto Gómez. Allí celebraba también sus famosos bailes la sociedad de recreo de la propia clase «La Blanca Espuma», amenizados por las orquestas de Raimundo Valenzuela, Marianito Méndez, Nicolás el Güinero y Miguelito Faildes, el célebre cornetín yumurino. Hoy subsiste en aquella esquina la misma vieja casaña estilo colonial, pero ocupada por el establecimiento «El Ras», conocido almacén de antigüedades.

Hay algunas esquinas que se conservan vivientes y animadas, tal y como se hallaban hace veinte, treinta y más años. Han resistido inmovibles los ataques del tiempo, de la moda, de las exigencias sanitarias, del negocio de las fabricaciones; y defendidas, en fin, por circunstancias especiales, como una tacha legal o un viejo litigio de herederos, se han mantenido en el mismo estado en que las conocimos desde nuestra más tierna infancia; como la que existe en San José y Aguila, tosca covacha de gruesa mampostería, en la que se han establecido infinitos comercios sin que ninguno prosperara; y la esquina de Corrales y Cienfuegos, donde hay una casa al estilo de los años cincuenta, sesenta, etc., del pasado siglo, de techo de teja española y escasa altura, típica de la Habana Colonial de los generales Vives, Manzano, Concha, destacándose en la actualidad, por su humilde y raro aspecto, del grupo de pomposas casas modernas que la circundan, y en la que ha habido de viejo un café restaurant con el nombre de «La Gran Vía», especialmente concurrido por los tabaqueros y empleados de las próximas fábricas y depósitos de Calixto López, Gener, Cabañas y otros de la barriada. El antiguo escogedor de la fábrica de Gener llamado «Macala» fué asistente fiel durante muchos años de «La Gran Vía».

Aquella casita recuerda un viejecito centenario pulcro, vestido correctamente al uso de su tiempo; risueño y de buen humor siempre, porque en «La Gran Vía», desde que en el año 1916 lo tomó a su cargo Salvador Otero, experto y antiguo encargado del desaparecido café «Biscuit» de Prado y Cárcel, se hizo costumbre ir a tomar allí la mañana y comer y cenar exquisitos platos criollos, condimentados por cocineros de fama. El dependiente Inocente León lleva en aquella casa sirvien-

do más de treinta años. Uno de los primeros dueños de la misma lo fué don José Montero, aristiquísimo vecino de aquella barriada, en la que murió pasados los ochenta años.

La bohemia nocturna tiene allí su más atrayente y confortable refugio. En tiempos del terror machadista fué aquella inofensiva casita, durante algunas horas, amparo de más de un perseguido por los sabuesos de la dictadura, los que encontraban en la rara y complicada distribución de rincones y pasillos del local un escondite seguro. De citados daríamos con más de un nombre de políticos conocidos de aquel tiempo, que se refugiaron en las casas de aquella barriada, para coger de oculto el avión que salía por la mañana para Miami, de los próximos muelles del Arsenal...

Estas casas que se quedan solas en medio del crecimiento y desarrollo de una ciudad, hacen el efecto de un inválido abandonado en el camino por la caravana de que formaba parte. Las casas que han venido después no tienen nada que ver con ellas; y hasta diríase que las miran con cierto desdén despreciativo; pero si la casa antigua es simpática y atrayente—como ésta de la esquina de Corrales—entonces parece que es ella la que se burla de la fachenda y pomposidad de sus vecinas. El año 1870 existía en esta casa un pequeño teatro, con el nombre de «Dinorah». Tal vez de eso le haya venido hoy al café que allí existe llamarse «La Gran Vía»; ópera o revista, todo es teatro.

Hasta el año 1908—período de José Miguel—aquel barrio del Arsenal era uno de los más descuidados y peligrosos de la Habana. Una de las mejoras urbanas más trascendentales y beneficiosas que se realizaron en nuestra antigua ciudad, no obstante las vehementes e injustificadas críticas a que dió lugar, no cabe duda que fué la que se verificó con el cambio de aquellos terrenos por los que poseían los Ferrocarriles Unidos en los vastos solares ocupados por la Estación de Villanueva, en el centro mismo de la capital, con manifiesto perjuicio de la sanidad y el buen ornato; el «Chivo del Arsenal» dió plaza, de inmediato, a una magnífica Estación Terminal ferrocarrilera; y más adelante, a la erección de un Capitolio, como ya lo quisieran las naciones más cultas del mundo. De aquellos solares y rincones del Arsenal nos ocupamos en nuestra vieja postal descolorida «Los Tesoros del Canalizo». Del Patio de Villanueva recordamos un Havana Park de los ciento y uno que se abren a menudo en todos los descampados de la ciudad, y en los que de un día para otro se instalan olas, canales, tío-vivos, carros locos, toboganes variados y montañas rusas que son el encanto de los muchachos de cinco a cincuenta años. En una de aquellas montañas de Villanueva, pereció una noche un joven dentista, mestizo, de apellido Aspiazú.

Ocupaban entonces los terrenos de Villanueva, aun a medio desalojar, dos plantas gachas y poco airosas del primer Capitolio Nacional que se proyectó, echadas después a bajo por Carlos Miguel para levantar el «suyo», que es el majestuoso que ahora tenemos; y por la calle de la Industria, en el amplio almacén de útiles que había pertenecido a los citados ferrocarriles, se instaló al principio un salón de patinar; y después, uno de los mejores cabarets de aquella época, el llamado «Tokio», en el que figuraban como una de sus más graciosas «musmés» aquella linda coupletista rubia de romántica memoria, llamada «Rachel», que apareció años más tarde muerta misteriosamente en el cuarto de baño de una casa de la calle de San Miguel, víctima, según se dijo, de una orgía de calaveras; lo que dió motivo a un ruidoso proceso que apenas iniciado se desvaneció como la espuma. La vida alegre y la muerte triste de «Rachel» le inspiraron a la musa popular muchos versos y canciones sentimentales, pero las autoridades de entonces prohibieron tenazmente que se recitara aquellos versos y se cantaran aquellas canciones, como si existiese un especial empeño en que a fuerza de silencio se llegara a borrar el recuerdo de la desventurada «Rachel», y no se hablara más de ella, como no se habló más de Esperanza, la de los Matrimonios del Diablo; ni de la Bella Murciana; ni de Andrea Barrios; ni de otras tantas

infelices heroínas del amor, por el estilo...

Además hallábanse instalados en aquellos terrenos varias barracas en las que se ofrecían al público exhibiciones científicas muy interesantes e instructivas: proyecciones, ensayos, novedades de óptica y cinematografía recientemente descubiertas, que se enseñaban entonces como entretenidos juguetes y que el tiempo acabaría por convertir en asombrosas y verdaderas realidades. En tiempos de la Guerra Mundial se celebró allí varias tómbolas a beneficio de la Cruz Roja Cubana: Cuba como potencia añada, contribuía a la guerra mandándole a los soldados cajas de dulce de guayaba y cajetillas de cigarros; y cobrando el azúcar a treinta centavos la libra... De entonces vino cambiarle el nombre a la Calzada de Galiano, por el de Avenida de Italia, nación con la que, mediante su Ministro aquí en la Habana, el señor Carrara, sostenían las más estrechas relaciones.

Los francachelistas de aquella época no se habrán olvidado de la esquina de Galiano y Reina: allí se asentaba el restaurant El Suizo, célebre por sus cenas galantes; cenar en El Suizo suponía un portamonedas surtido, y un exquisito paladar. Fraga, su propietario, hallábase siempre a la entrada del restaurant para recibir y complacer a su marchantería, por lo general gente de las que «manejaban» y sabían gastarse los centenes. Las mamás y los papás que hoy van a calzarse a la peletería «La Moda», en Galiano y San Rafael, difícil es, por lo pintoresco y original que resultaba, que se hayan olvidado de una enorme gallina de juguete que por aquella fecha se exhibía en los portales del citado establecimiento, y a la cual se le echaba por el pico una moneda de a dos centavos, o sea una calderilla grande, que era lo que corría entonces, y a su vez la gallina, por el sitio correspondiente, ponía un huevo contenido grageas, caramelos, confites, pastillas de menta u otros pequeños dulces por el estilo. La gallina estuvo exhibiéndose en aquel portal muchos años, hasta que un día desapareció; e hizo bien la pródiga gallina en levantar su vuelo a tiempo y alejarse de aquellos lugares peligrosos, pues de continuar en ellos, seguramente no lo hubiera pasado bien en las actuales circunstancias, en las que, al parecer, tantos impacientes y obcecados se empeñan a todo trance en «matar la gallina de los huevos de oro».

En esta otra esquina, la de Neptuno y Galiano, estuvo la sociedad de recreo catalana «La Coya de San Mus»; después el teatro Cuba; luego el Molino Rojo, donde, como decía el cronista Pancho Hermida, molían oro sus empresarios Misa y compañía, con la célebre Chelito; más tarde el teatro Regina, donde unos jóvenes inexpertos dejaron una fortuna; y al presente se halla el Radio Cine, al que en breve le hará la competencia uno enorme para «cien mil» espectadores que se está fabricando en la esquina opuesta de Galiano y Concordia; fíjense ahora los jóvenes transeuntes curiosos en las enormes excavaciones que allí se están llevando a cabo para levantar los cimientos del edificio que se proyecta, y puedan de aquí a treinta o cuarenta años dar cuenta de ello, con la emoción que siempre despierta haber sido testigos de estas grandes edificaciones del pasado. Con qué satisfacción dirá un octogenario del año 1999: Yo vi cuando echaron los cimientos de este edificio!

Una sucesión de esquinas que recorre la memoria, en conjunto, y sin detenerse en detalles: la del antiguo café El Tiburón, de Prado y San Lázaro, tan alegre en las antiguas verbenas de San Juan; la de los desaparecidos cafés «El Biscuit», de Prado y Cárcel, hoy Hotel Packard; y «El Alba» hoy Palacio de Velasco, donde una colonia de comerciantes aficionados a la pesca se reunía en las madrugadas de los domingos, para dirigirse con sus equipos a la próxima «Puntilla», y en frágiles canoas y chalanas a remo, echarse Morro afuera a la pesca del pargo, o lo que cayera; la esquina de Compostela y Cuarteles, donde se levantaba un tiempo la mansión del notable violinista cubano Jiménez, frente al atrio de la iglesia del Santo Ángel Custodio en que Villaverde colocó la trágica boda de Leonardo de Bengoa e Isabel de Lincheta, en su inmortal novela «Cecilia Valdés». No se

explica que el Ayuntamiento no haya levantado allí un busto del genial novelista.

Esa rinconada de Cuarteles, Habana, Peñapobre y Compostela, era el campo de las famosas «fiestas de San Rafael», a la que acudía toda la Habana desde la víspera del día 24 de octubre, para asistir a la salve que se cantaba en la citada iglesia; y a los bailes que se daban en casi todas las casas de los alrededores, unos, con piano solo; otros, con las pequeñas orquestas que se denominaban «francesas» y se componían de piano, violín y flauta. El pianista era el que asumía la dirección de este grupo musical que solía ampliarse a veces con un clarinete y una viola, resultando de una sonoridad tenue y sumamente agradable; solían desempeñar la plaza de pianista los populares entonces muy jóvenes maestros, Antonio Torroella, «Papaíto», después, cuando entró en más años; Alberto Saldarriaga, Ramoncito Prendes; y Fernandito Marín; Peñita vino algunos años más tarde.

Constituían la nota pintoresca de las fiestas de San Rafael los innumerables puestecillos que se levantaban a lo largo de la calle y al lado de las aceras, en los que se freían y vendían las clásicas «tortillas de San Rafael», que todo el mundo se creía obligado a comer para cumplir con la tradición. Había que andar ojo avizor con las peleas y riñas de «guapos» y de «ñañigos» que se suscitaban a menudo, escogiendo aquella fecha para dirimir sus rivalidades de barrio; menos mal que sólo usaban el arma blanca para el combate—la clásica navaja—y los descalabros y heridos se contaban nada más que entre ellos. Los celadores y salvaguardias se multiplicaban para mantener el orden. En lo físico y en lo moral, estos celadores eran la copia exacta de aquel típico Cantalapiedra que coloca Cirilo Villaverde en su novela, comisario precisamente de aquel barrio de Ángel siempre de ronda, a zancajos, por Cuarteles, Tejadillo, Peña Pobre, etc. De aquellos celadores e inspectores del tiempo de España recordamos al célebre y popular Trujillo Monagas, a quien espe-

cialmente le encargaban los registros y las detenciones políticas, en cuyos actos fuerza es confesar que guardaba siempre la mayor moderación; a Méndez, Aranguiz, Prats, Riambau, Torrens y a Recio y a Mavilio. Estos dos últimos cayeron al fin víctimas de aquellos «ñañigos», al promediar en una riña que sostenían. Recio, en la calle de Chavez; y Mavilio, en el barrio de Colón. Hoy las fiestas de San Rafael han quedado reducidas a las ceremonias religiosas: la salve, y la misa mayor cantada, con su sermón correspondiente.

Ahora la calle de Cuarteles, con el derribo de la antigua Maestranza de Artillería, ha sido abierta hasta el mar; y aquella rinconada ha empezado a perder su embrujo característico: vienen a transformarlo todo, en todos los órdenes, las «nuevas vías». Recomendamos a los descoloridos que acostumbra a deambular ante las «esquinas y los rincones» de la vieja Habana, lo hagan con tiento; no sean un día arrollados, sin darse cuenta por los cilindros y las aplanadoras del progreso urbano.

En aquellos tiempos del «alumbrado de gas», tan propicios al romanticismo y la aventura, levantábase una casita de tejado—otro rincón—en una esquina de la calle de Peña Pobre, con un farol a la puerta, de aquellos que encendía un chino soplando en el extremo de un largo palo que llevaba al hombro, a la que acudíamos varios amigos a cenar y bailar algunas noches, figurando de vez en cuando en el grupo, don José Ignacio de Armas, de la ilustre familia de los Armas, ya maduro; pero amigo de la juventud intelectual y divertida. De aquel farolillo de temblona llama y cristales ahumados y de aquellas alegres veladas, nos acordamos cuando oímos cantar el lindo vals de Agustín Lara:

**Farolito que alumbras apenas
mi calle desierta...**

Este tema de las ESQUINAS Y RINCONES de la vieja Habana, da mucho de sí; pero no queremos cansar a nuestros asiduos y benévolos lectores, por lo que vamos a que se quede para más adelante el continuarlo.

LOS HORRORES...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 5)

mado si no hubiera sido por los cañones británicos de Singapur.

En una guerra europea en que participara Holanda, si Alemania resultara victoriosa, habría ganado un imperio inmenso junto con el inglés y el francés. Así desaparecerían en las fauces de la conquista Nazi las tradiciones imperiales de dos grandes mujeres: Guillermina de Holanda y la Reina Victoria de Inglaterra. Dos soberanas de molde varonil, porque si Victoria mandaba a los hombres de su gran reinado, también los manda Guillermina, y además rivaliza con ellos como jinete, ciclista y patinadora.

Casada con Enrique, Gran Duque de Mecklenburg en 1900, regó sangre alemana en las venas de su hija la Princesa Juliana, novia real de Europa hasta sus bodas con el Príncipe Bernhard en 1937. Viuda desde 1934, Guillermina cree que los destinos de la casa de Orange-Nassau dependen de Inglaterra, y que sin ésta ella dejaría de ser el «hombre fuerte» de Holanda. Volvería a su condición de simple biznieta de Guillermo I, pero sin reino.

Los alemanes, en cambio, no comparten esta opinión de la gentil soberana. El Mariscal Goering, en su reciente discurso a los obreros, parece estar seguro de que los días de la Gran Bretaña como potencia internacional están contados, y es precisamente por el odio tremendo que de repente se le ha despertado al Führer contra los ingleses, que la integridad de los Países Bajos puede desaparecer en esta hora de crisis para los neutrales.

EL BLOQUEO INGLES Y LA BATALLA DE LUXEMBURGO

A los cuatro días de la invasión polaca, el pacífico pueblo de Esbjerg, en Dinamarca, recibió el primer mensaje objetivo de la guerra con la ex-

plosión de cuatro bombas lanzadas desde un avión de bombardeo que voló sobre el territorio nacional.

Aparte del Canal de Kiel, Alemania sólo puede salir del Báltico al Mar del Norte por dos estrechos: el Skager Rack entre Dinamarca y Noruega, y el Cattegat entre Dinamarca y Suecia. En 1914, apenas estallada la guerra, Alemania le pidió al país vecino que cerrara el Cattegat a los beligerantes colocando minas en la zona sur, para que nadie violara la neutralidad. Llamaron a esto el ultimátum de Berlín, que hoy con más razón podría repetirse como una precaución adicional contra la amenaza de la escuadra inglesa.

Con excepción del estado de Luxemburgo, es Dinamarca el país más indefenso entre todos los neutrales. Posee el territorio de Schleswig-Holstein, que le fué devuelto por Alemania en Versalles, y que Alemania quisiera recobrar. Produce mantequilla, leche, huevos, queso y carnes, que buena falta hacen en la dieta de las raciones del Reich. Más que ninguna otra de las pequeñas nacionalidades del llamado «grupo de Oslo», Dinamarca tiembla ante la posibilidad de que el Führer resuelva llevar a cabo el Plan Schlieffen.

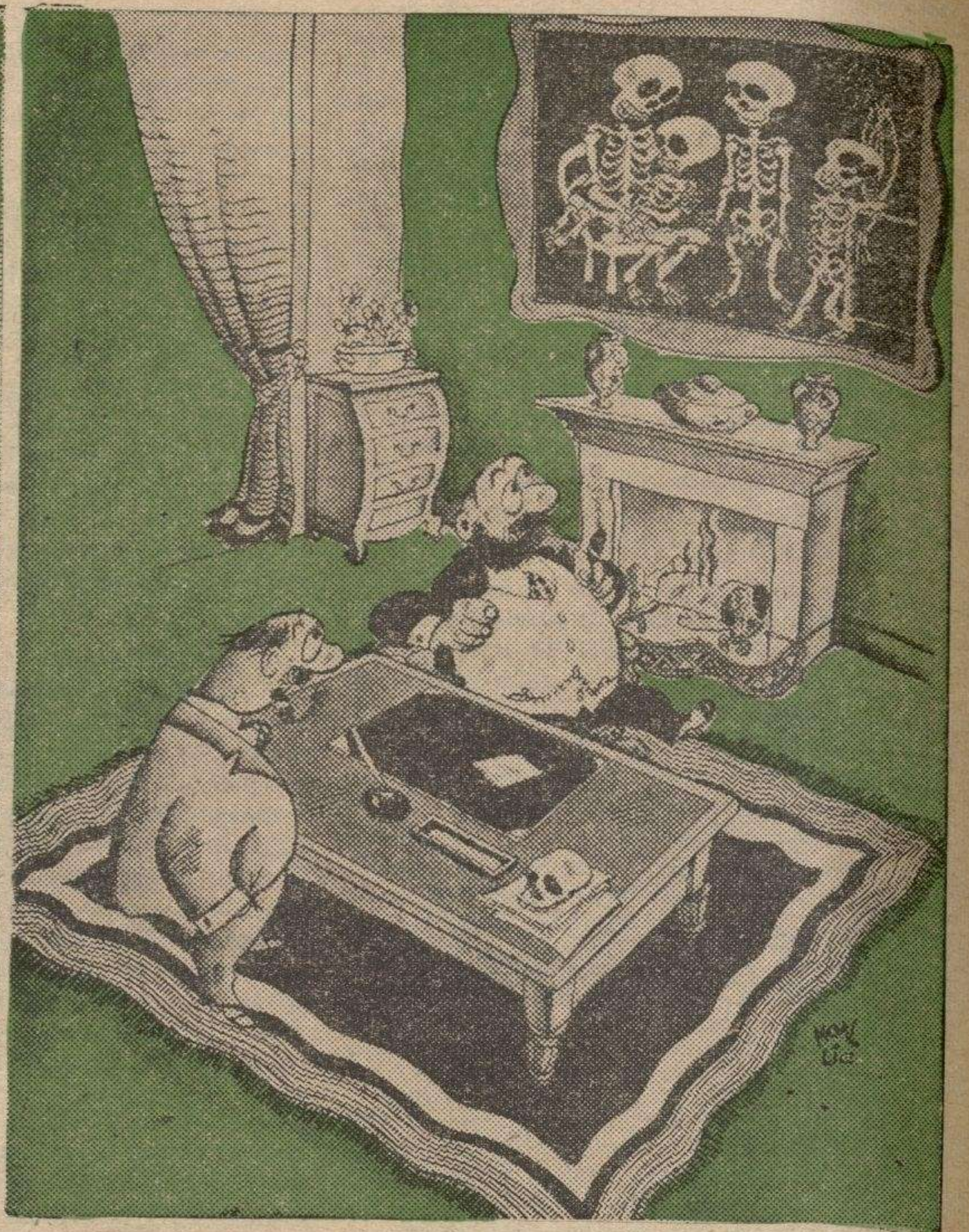
Frente a este plan, el General Gamelin proyecta un saliente cerca de la frontera de Luxemburgo, en dirección a la Línea Siegfried. Ha colocado al ejército francés en posición de atacar el ala izquierda alemana en el instante en que Hitler decida penetrar por Bélgica con su ala derecha. Así fué que el General Joffre echó a perder el ataque de von Moltke en la última guerra. Enterado de que había una brecha entre el generalísimo y su flanco izquierdo, se metió por la abertura y destruyó la maniobra con el famoso «ejército de los taxímetros de París», cortando las comunicaciones entre von Kluck y von Bulow.

Esta vez, puede que sea en el diminuto estado de Luxemburgo donde se gane la primera victoria aliada o alemana.



TIEMPOS MALOS

—Me aburro, Robustiano: voy a dar una vuelta por las tiendas. ¿Qué tiempo hace?
 —Muy malo: el barómetro marca lluvia, y ¡el periódico anuncia un temblor de tierra!



EN CASA DEL GRAN RADIOLOGO

—¿Y eso?...
 —Ah: es una bella foto de mi esposa y los niños

o o o

AVARICIA

Mucho se ha hablado de la legendaria avaricia de los escoceses. Abordando una vez más el tema, contaba en cierta ocasión un corresponsal viajero:

Según una vieja costumbre, mi amigo Jim, de Glasgow, pellizó el otro día a su esposa en un brazo. Su asombro fué grande cuando la buena señora no dió señas de vida. Incorporóse alarmado, y segundos después podía comprobar que su cara mitad había fallecido durante la noche.

Por un momento se aturdió, pero inmediatamente recobró su lucidez y, saltando del lecho, avisó a gritos a su vieja sirvienta:

—¡No ponga a cocer hoy más que un huevo! No derroche. ¡El otro se perdería!... La señora no podrá comerlo: se ha muerto.

o o o



LA ALIANZA ANGLO-POLACA

Britania.—Sí, mi pequeño: estoy dispuesto a ayudarte, pero tira tú la bomba.—(Kladderradatsch, Berlin)



LA MUSICA Y LAS VACAS

El último descubrimiento en torno a los efectos de la música es el de que el bello arte repercute asombrosamente en la sensibilidad de las vacas.

Según un ingeniero agrónomo, que ha realizado para llegar a tales conclusiones laboriosos experimentos, las impresiones musicales estimulan en un veinte por ciento la secreción de las glándulas mamarias de dichos astados, y mejoran notablemente la calidad de la leche.

o o o

DEL MUNDO NAZI

La última historieta que llega de Alemania. Un ebrio causó un escándalo por haber llamado «perro» a Goebbels. Fué juzgado y condenado por tres delitos. Primero por estar ebrio y causar desorden; segundo por faltar el respeto a una persona constituida en autoridad, y tercero por revelar un secreto de Estado.—New Stateman and Nation.

o o o

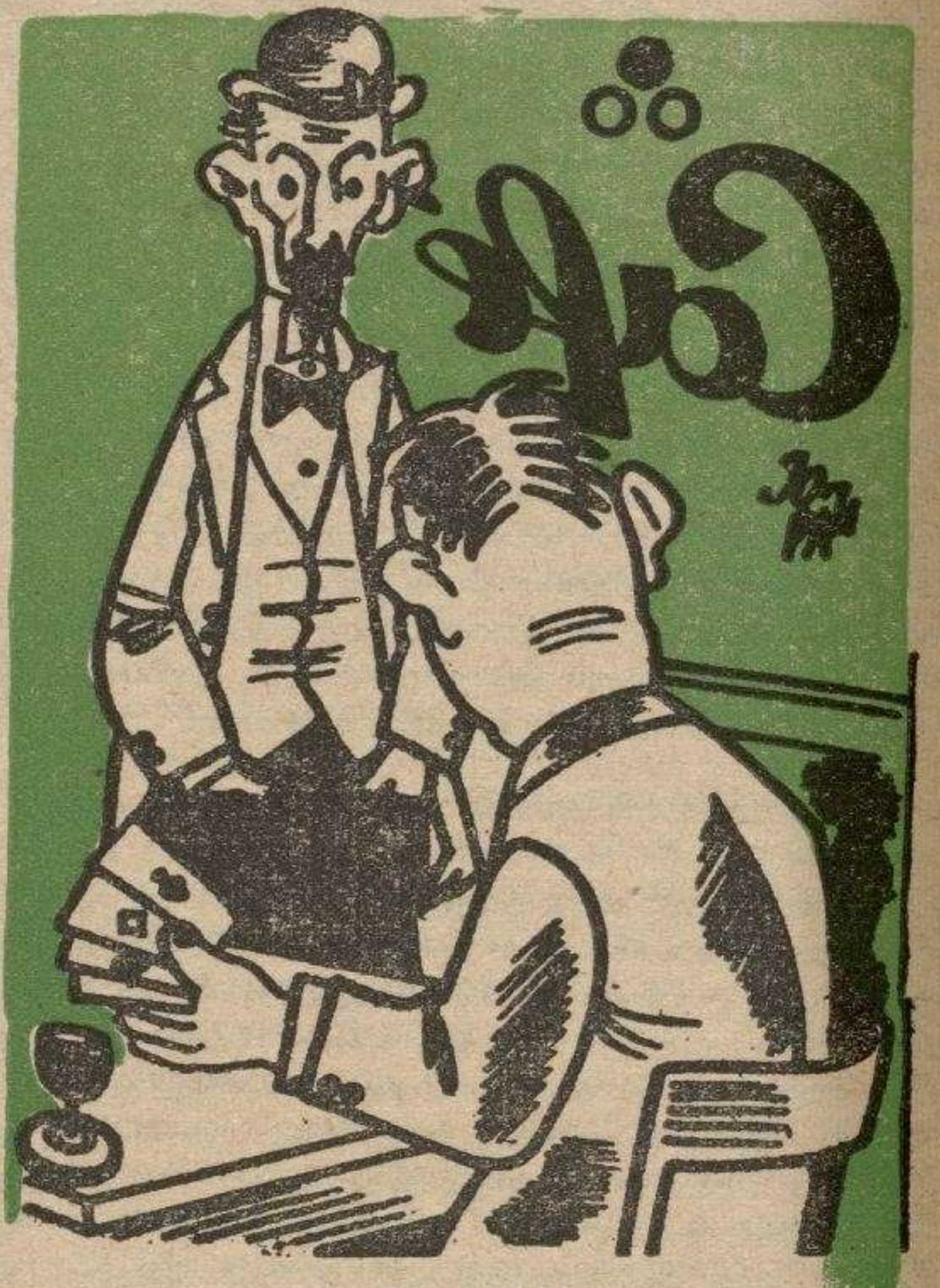
METODO

Ella:—Tiene usted la reputación del hombre de más éxito con las mujeres. ¿Cuál es su sistema para conquistarlas?

El:—Muy sencillo; actúo de la manera más estúpida posible con ellas, eso es todo.—Punch.

OTRA

El judío nunca es nuestro igual; o es superior o es inferior.—Weekly Review.



LOGICA

—Siempre me habías dicho que no gustabas de los juegos de azar, y me «has dejado limpio».

—Toma; y es verdad. Esto no fué azar: hice trampas.

MAS de 300 mujeres y tres hombres me han escrito cartas furibundas porque interpretan un artículo que yo escribí en el sentido de que yo sostengo que el dinero es lo más importante en el matrimonio.

Lo que yo escribí fué bien diferente. Dije que largos años de experiencia me habían enseñado que la causa más frecuente de fricciones entre marido y mujer era el problema del dinero. Y no fui bien explícita en eso; podría agregar que de cada diez querellas, desavenencias y divorcios en los matrimonios siete se deben a esa causa.

El dinero, una gran cantidad de dinero, no hace la felicidad conyugal. En esto, como en todo lo demás, el dinero solo ayuda cuando todo lo demás está en orden. Cuando dos personas realmente se aman, son decentes, controladas e inteligentes, entonces el dinero contribuye grandemente a su felicidad. Pero si son caprichosos y triviales, egoístas y fatuos, entonces el dinero sólo se agrega a sus querellas y fracasos. No; jamás he dicho yo que el dinero ha de ser la primera consideración en el matrimonio. Conozco demasiados hogares que se han mantenido felices contra una porfiada pobreza. Y sé de muchas miserias y desgracias causadas en un hogar, precisamente por el dinero. Lo que yo escribí y sostengo es que si la cuestión de las cuentas y el presupuesto es debidamente arreglada en un hogar, hay más probabilidades de que las otras dificultades se arreglen también. Pero si marido y mujer están en continuos disgustos por esas causas, entonces todos los demás problemas domésticos se agigantan.

Hay rutas misteriosas en esto del dinero. Es, sin cuestión, causa de muchos quebrantos. Si pudiéramos vivir sin él, nuestras vidas serían mucho más dichosas. El dinero da ciertamente poder a algunos sobre los menos afortunados. Pero estas consideraciones profundas no tienen sitio en estas crónicas. Lo que cuenta en el terreno conyugal que yo analizo es la del orden y de los desarreglos pecuniarios en los hogares relativamente modestos. Me refiero a esa cantidad enorme de gente inconspicua que puede llevar a sus hijos de vacaciones al mar o la montaña, que tienen uno o dos sirvientes en sus casas, que no tienen que amargarse la existencia con las cuentas del médico o del dentista o la compostura del automóvil. Este es el hecho básico: si uno no puede aumentar su renta siempre queda el recurso de ajustarse bien a la renta que uno tiene.

Si la renta de usted es de 1.500 pesos al año y se ajusta a vivir con 1.200 es usted una mujer mucho más rica, feliz y confortable que la que tiene 3.000 de renta y gasta 4.000. Su marido es más feliz, sus hijos ignoran lo que esa esa continua tensión doméstica por estrecheces pecuniarias, su porvenir está asegurado. Lo que importa no es solo vivir con la renta que una tiene, sino con menos de ella. No hay sacrificio suficientemente grande que el que se hace para este fin y que asegura la tranquilidad del hogar y hasta la paz de nuestros sueños. No hay nada, por otra parte, que una más a un marido y su mujer que la determinación común de evitar estos disgustos por dinero que amargan la existencia de los hijos.

Ustedes, mis corresponsales, saben y yo sé muy bien que son miles de miles las mujeres que viven gastando más de lo que tienen. Examinen ustedes uno de esos hogares y se darán cuenta de cómo la felicidad entraría en él por la misma puerta por donde se fueron los desequilibrios de presupuesto y las deudas. Es tan común este hábito en las mujeres que la mayoría de los maridos jamás gozan en sus vidas de la alegría de verse libres de las angustias de dinero. En cambio hay tantos casos como el de los Brown... Vivían con 2.500 pesos al año; el marido perdió su empleo y después de terribles penurias que los obligaron a volver a vivir con parientes y amigos llevando consigo a sus dos hijas, encontró trabajo de 900 al año. Vivieron en una parcelita de tierra en los subur-



Vivieron en una parcela de tierra en los suburbios; criaron aves y cerdos, edificaron, labraron; fué la época más activa y la más feliz de sus vidas.

“Poderoso Caballero es Don Dinero”

POR KATHLEEN NORRIS

bios, criaron aves y cerdos, edificaron y labraron; fué la época más activa y la más feliz de sus vidas, una existencia continuamente ocupada, llena de sorpresas y de recompensas materiales y espirituales. Ahora los Brown son ricos, hacen el negocio de facilitar a otros la adquisición de pequeñas fincas como la que ellos arrendaron como refugio y resultó ser el origen de su prosperidad. Nunca oirán hablar ustedes de los Brown como de gente inmensamente rica, pero pueden enca-

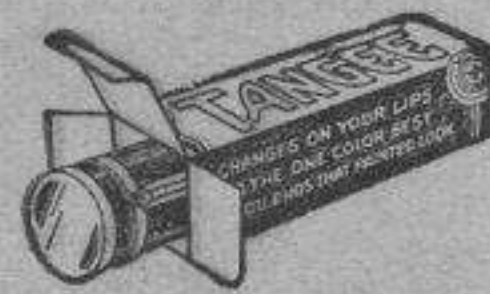
bezar la lista de las familias enteramente felices. La esposa de Brown aprendió que no hay camino más seguro de felicidad conyugal que el que el marido comprenda que su mujer comparte sus afanes no resignadamente, sino que alegremente. Ser rico complemento de la paz y felicidad conyugal. No hay libertad como la libertad de las deudas. Esto es lo que yo he dicho y escrito; no que el dinero sea la base de la dicha en este mundo.



Esa frialdad improvisa que él comenzó a mostrar a los pocos días del compromiso fué un enigma para ella... ¡hasta que se dió cuenta de una evidente coincidencia!



¡El mostró frialdad, desde que ella comenzó a pintarse los labios! Cambió de lápiz... Usó Tangee... y ahora él está enamorado! Nada atrae tanto como la naturalidad que presta Tangee. Nada desagrada tanto a los hombres como los labios pintados!



Tangee se diferencia de otros lápices porque NO pinta — pues no es pintura. Pasándolo ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vívido lo da el nuevo Tangee “Theatrical”. ¡Y siempre luce usted “naturalidad” que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allí las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee (“Natural” o “Theatrical”).

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

Realice el ideal de su vida...



participe EN EL NUEVO CONCURSO del JABON LLAVE

¡TODOS LOS MESES!

UN PRIMER PREMIO DE

\$3.000⁰⁰

en efectivo

y MILES DE PREMIOS MAS

Un Concurso sin igual!

Además de su calidad maravillosa, única en Cuba en jabones para lavar y fregar, LLAVE le ofrece ahora su

NUEVO Y EXTRAORDINARIO CONCURSO

Un concurso que regala dinero en efectivo. Todos los meses un primer premio de \$3,000 contantes y sonantes, dinero que usted podrá disponer libremente para invertirlo en lo que mejor desee: TENER CASA PROPIA, VIAJAR, POSEER UN AUTOMOVIL, ESTABLECER UN NEGOCIO, LA EDUCACION DE SUS HIJOS...

¡HAGA CON SU DINERO LO QUE MEJOR LE CONVENGA!

UN CUPON SE ENTREGA A CAMBIO DE:
 15 vales del Jabón "LLAVE" (barras)
 o de 8 envolturas de panes grandes del Jabón "LLAVE"
 .. 15 envolturas de panes medianos del Jabón "LLAVE"
 .. 7 envolturas del Jabón "CAMAY"
 .. 8 envolturas del Jabón "LUNA"
 .. 5 frentes de "PERLINA"

LOS CUPONES SE CONSIGUEN EN:
 Las agencias del Jabón "LLAVE" y puestos de canje del Concurso, en toda la República.

Por correo dirijase al Apartado 1515 - Habana

¡¡CONSIGA SU CUPON EN SEGUIDA!!

Lave con



LLAVE

EL JABON DEL PUEBLO